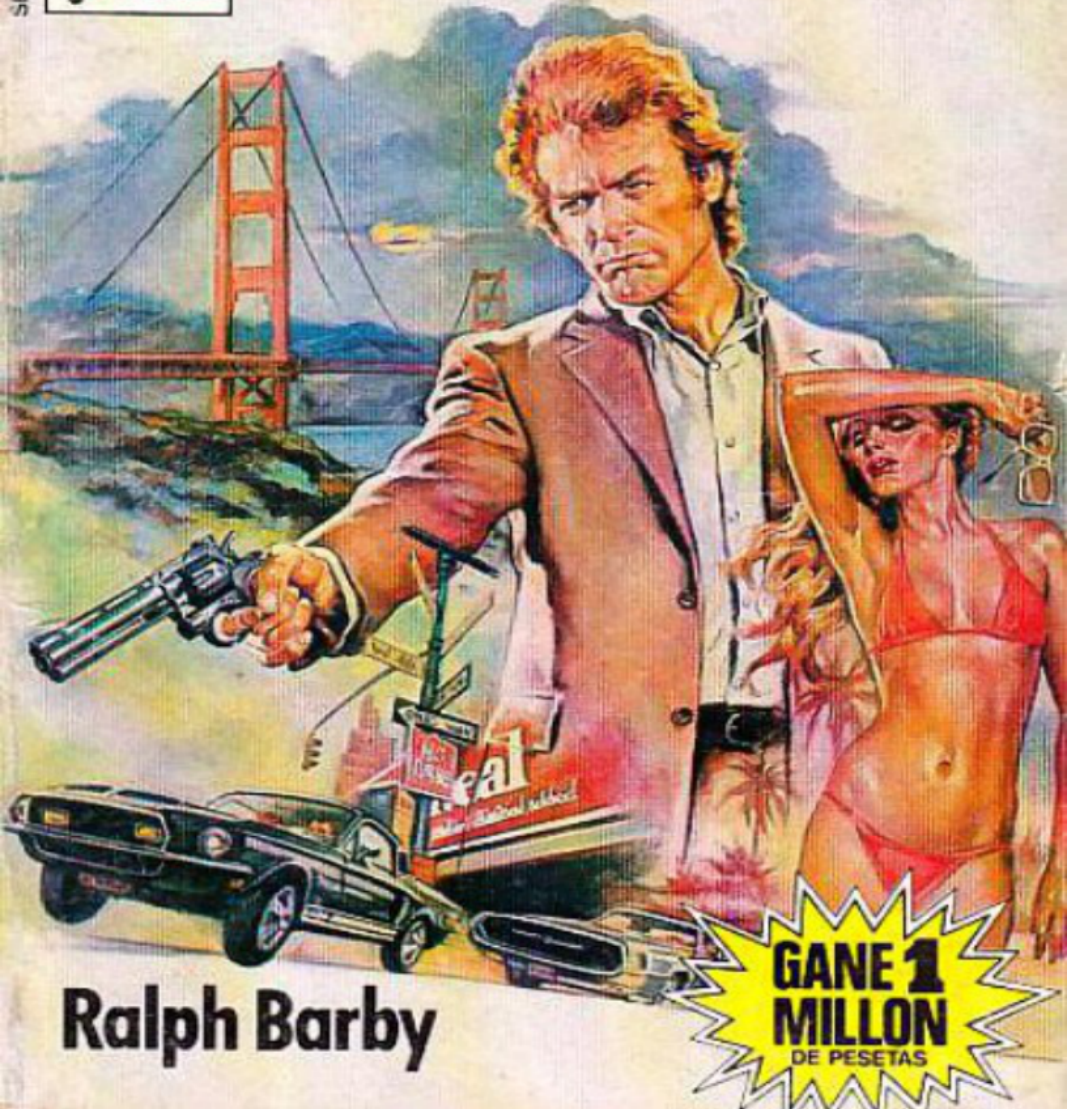


**BRUGUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

LA MUERTE HACE TURISMO



Ralph Barby

**GANE 1
MILLON
DE PESETAS**

LA MUERTE HACE TURISMO

RALPH BARBY



Colección

SERVICIO SECRETO n° 1783

Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO



**SERVICIO
SECRETO**



ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR EN
LAS COLECCIONES DE EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:

Servicio Secreto
Punto Rojo
Bisonte Serie Soja
Selección Terror
La Conquista del Espacio

1ª edición en España: enero, 1985
1ª edición en América: julio, 1985
Concedidos derechos exclusivos a favor de
Editorial Bruguera. S. A.
Camps y Fabrés, 5.
08006 Barcelona (España)

© Ralph Barby 1985 texto

© Norma 1985 cubierta

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en España Printed in Spain

ISBN 8402025137

Depósito legal: B. 40.304 1984

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.

Carretera Nacional 152, km 21,650.

Parets del Vallés (Barcelona) 1985

CAPÍTULO PRIMERO

EL edificio me pareció regio. Un tipo como yo, que apenas tenía unos cientos de francos en los bolsillos y una tira de billetes de metro, no podía vivir en aquel lugar que debía ser carísima. Me dije que, después de todo, tenía que ser algo incómodo vivir allí.

Un conserje me salió al paso. Vestía de oscuro, medía casi los dos metros e intuí que estaba armado. No me achiqué; no mido los dos metros, pero sí soy bastante alto. Sonreí levemente, él no correspondió a mi sonrisa.

—¿Adónde va? —me preguntó seco.

—Mi amigo, el coronel Lamoire, me espera.

—¿Su nombre?

Aquel conserje no debía fiarse ni de su madre; quizá lo que más temía era quedarse sin empleo.

—Jean-Marc Carné.

—Un momento.

El conserje se fue tras su mostrador. Habló por la línea interior privada de interfonos y, al poco, me indicó:

—Suba al ascensor, tercera planta. No toque ningún botón.

—Y si toco un botón, ¿qué pasa, me iré a la mierda? —pregunté, ya molesto.

El conserje de los dos metros, pero que no debía ser un buen encestador, no perdía la calma.

El ascensor era una especie de jaula dorada, supongo que de latón muy brillante, y tuve la impresión de ser un papagayo. Comenzó a elevarse. El conserje debía manipularlo por telecontrol; de esta forma se aseguraba de que yo bajaba en el piso que deseaba y no en otro.

Cuando tras de mí se produjo el ruido de la puerta metálica al cerrarse, se abrió la suntuosa puerta del piso en el que debía vivir el coronel Lamoire.

Debí quedarme con los ojos muy abiertos.

Ella sonrió. Mediría por encima del metro setenta, y encima, quiero decir, debajo, llevaba tacones. Imagínate, pues, la mujer que tenía delante. Además de ser rubia platino, tenía tal cantidad de cabello que excitaba.

Era joven, quizá no tanto como quería aparentar, pues rondaba la

treintena. Pechos altos y moldeadas caderas cubiertas con pantalones de color naranja. Confieso que no estaba preparado para encontrarme con aquella belleza que, además, sonreía cautivadoramente.

—Pasa, Jean-Marc, pasa.

No me hice de rogar.

La casa era una auténtica mansión, aunque demasiado recargada para mí gusto. Había cuadros con anchos marcos dorados, cortinas pesadas, techos muy altos. Aquella casa era antigua, pero muy lujosa.

En otro tiempo, debían haber vivido en ella aristócratas, cuando ser aristócrata en París era sello de riqueza y distinción.

¿Qué fortuna debía poseer el coronel Lamoire para poder vivir allí?

Yo le había conocido en el Tchad y no se me había ocurrido ni por un instante que fuera tan rico; pero, por lo visto, para el coronel Lamoire la paga del ejército no era más que la tapadera que ocultaba su verdadera fortuna.

Me pasaron a un despacho que tenía anaqueles repletos de libros y conté hasta siete bustos distintos de Napoleón. También tenía una pequeña colección de soldaditos de plomo encerrados en vitrinas.

La preciosa rubia con la que, sin dudarlo, me hubiera acostado en el sofá que allí había, en vez de alejarse se sentó en el brazo de un butacón de cuero. Queriendo ser amable, me preguntó:

—¿Has tenido buen viaje?

—Phs —comencé a responder—. La France no es América.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que he llegado a París en tren y no en avión.

—Nuestros trenes son buenos, ¿no?

—Sí, no están mal —admití. Después, le pregunté directamente—: ¿Cómo te llamas?

—Mireille.

—¿Qué haces aquí?

—Trabajo.

—¡Ah! —exclamé como un tonto recién llegado del pueblo—. ¿Secretaria?

—Relaciones públicas. El coronel ya tiene una secretaria muy eficiente.

—Bien, bien, con que relaciones públicas, ¿eh?

—Sí, es un empleo bonito. Te obliga a vestir bien, a ser amable, a conocer gente interesante.

—¿Cómo yo?

Ella rió levemente. Le hubiera podido contar los dientes con la punta de mi lengua y después hubiera mordido sus labios carnosillos.

Tengo que confesarte, sí, te lo digo a ti que estás leyendo estas

historia, que había pasado unos meses encerrado en el Tchad sin acostarme con ninguna mujer y yo no soy de los que se ponen a la cola de un prostíbulo esperando turno para encontrarse al final con una puta hastiada que sonrío al cliente para que el chulo no le dé una paliza por poco rentable.

—Cuánta gente trabaja para el coronel —opiné.

Pensé que podía ligarme a Mireille. Cualquiera se la hubiera ligado en mi lugar, es decir, si hubiera podido. Ella era muy atractiva y me sonreía abiertamente, como si estuviera adivinando mis libidinosos pensamientos.

Se abrió la puerta y apareció un hombre elegantemente vestido. Era de estatura mediana y magro. Debía estar más cerca de los sesenta que de los cincuenta. Su rostro era anguloso y sus cabellos, más canos que negros, muy lacios y bien peinados. La nariz era sorprendentemente grande para lo que correspondía a su rostro.

Aquel hombre, que no vestía uniforme, era el coronel Lamoire.

—Hola, Jean-Marc, volvemos a vernos —me dijo con voz grave, sin altibajos. En su tono no parecía haber simpatía ni antipatía, aquel hombre debía controlar muy bien sus sentimientos.

—Ya estoy en la vida civil, coronel. El sargento Lacrois me dijo que si quería un buen trabajo, pasara a verle a usted y aquí estoy —dije sin moverme de donde estaba, olvidada ya la parafernalia militar.

Se suponía que en la vida civil ambos éramos iguales, aunque yo no estaba tan seguro de si seguiríamos siendo iguales dentro de una comisaría de policía o frente a un juez.

—Mireille, sirve un pernod al joven, a menos que prefiera un coñac.

—Un Calvados —pedí. La marca me iba.

—Ya has oído, Mireille. —Se volvió hacia mí para preguntarme—: ¿Fumas?

Acepté un cigarrillo que no era rubio ni negro. Era una mezcla que debían preparar expresamente para él en alguna parte del mundo. Unas letras doradas impresas en el pitillo decían: «LAMOIRE».

—Muchacho, yo no quiero cerca de mí sujetos incompetentes, haraganes, homosexuales ni revolucionarios. Yo exijo hombres diligentes, rápidos, hombres que interpreten y ejecuten las órdenes como si estuvieran en el ejército.

—Yo acabo de dejar el ejército, pero soy rápido cuando hago algo.

Lancé una mirada a la rubia Mireille que me estaba preparando la bebida. Sus curvas, especialmente en caderas y nalgas, me parecieron impresionantes sin ser exageradas.

—Lo sé, Jean-Marc, por eso estás aquí. Conozco más cosas de ti de las que tú supones. —Imagino que tiene algún ordenador personal.

—¿Quién no lo tiene hoy en día? —replicó en tono de pregunta, sin

sonreír. El coronel Lamoire no parecía saber sonreír, quizá fuera culpa de aquella nariz tan grande que tenía—. Me aseguro bien de quién es el que está cerca de mí.

—¿Tiene negocios privados, coronel?

—Digamos que sí. Ahora, como militar, estoy en la reserva, no tengo mando en el ejército y me dedico a mi vida privada.

Comprendí que no era bueno preguntar demasiado, tampoco aquel hombre iba a confesarse conmigo.

—Yo puedo hacer algún trabajo, siempre que sea de mi agrado y bien retribuido.

—Eso pensaba. ¿Tienes coche?

—No.

—Bueno, eso no tiene importancia, mañana te proporcionarán uno.

—¿Puedo elegir la marca? —bromeé.

—Si no pides un Rolls-Royce...

—Con un coche de serie me conformo, pero que sea «turbo» y no tenga menos de dos mil centímetros cúbicos.

—Eso quiere decir que quieres un coche veloz, me parece bien.

Empecé a pensar que iban a darme un trabajo muy importante, uno de esos trabajos que todos los jóvenes soñamos encontrar cuando abandonamos la milicia. Al parecer, yo había tenido suerte. Ingenuo de mí, no sabía lo que me esperaba.

Me intrigaba mucho saber cuál sería el trabajo que me iba a proporcionar el coronel Lamoire. ¿En qué clase de negocios andaría metido? Yo lo ignoraba. Todo lo que sabía de él era que se trataba de un tipo duro, un militar que había sido temido por sus subordinados y también por sus iguales; sin embargo, no había alcanzado el generalato. ¿Por qué? No lo sabía, pero sí parecía que estaba bien informado.

Encontrar a un hombre joven, fuerte y listo como yo... (Disculpa lo de «listo», pero es que no me tengo por tonto. Anda, no te sonrías y sigue leyendo, que seguro que lo que voy a contar te apasionará.) Estaba diciendo que encontrar jóvenes para ocupar un empleo era facilísimo, había peticiones de trabajo a patadas. El paro en Francia alcanzaba cotas muy altas. Jóvenes recién salidos de la Sorbona no encontraban empleo y yo, al parecer, era un afortunado, pero, ¿qué clase de empleo se sería?

—Te estarás preguntando qué trabajo voy a darte —me dijo, como si acabara de adivinar mi pensamiento.

—Pues sé hacer muchas cosas, pero no creo que sea maestro de nada.

—Lo sé.

—Supongo que además de saber quién era mi padre y mi madre también sabrá quién era el «macarra» de mi comadrona, ¿no?

—Preferiría que tu lengua estuviera más quieta —me recomendó—.

No estamos en la milicia, yo ya no soy tu coronel, pero si no te atienes a las reglas, si no me obedeces y me faltas al respeto, mejor será que vayas a buscar empleo a la oficina gubernamental correspondiente y te pongas a la cola.

Comprendí que tenía razón. Antes de tomar una decisión debía saber qué era lo que aquel hombre magro y duro me ofrecía.

—Le escucho, coronel.

—Bien, bien.

Mireille le alargó un vaso con whisky al coronel y una copa con Calvados para mí.

En aquellos momentos, me hubiera gustado más abrir la boca de la chica y verter dentro de ella el precioso coñac que acababan de servirme. Después, con habilidad, lo hubiera bebido de su boca muy lentamente.

—De momento, te contrato para que acompañes a Mireille.

Sentí dentro de mi cráneo como unos cascabeles sonando y también noté que la unión de las perneras de mis pantalones me oprimía.

—Que yo acompañe a Mireille, ¿adónde?

Debí poner cara de imbécil. La chica sonrió, pero el coronel siguió con cara de póquer.

—La llevarás a España. En el momento adecuado te indicaré la ruta a seguir y el destino.

Mireille se sentó en otra butaca, cruzó sus piernas y siguió sin decir nada. Parecía nacida para sonreír coquetonamente.

—¿Se trata de un viaje de placer? —pregunté, y antes de que me soltaran un soplamocos añadí—: De placer para ella, me refiero.

—Mireille ha de hacer una serie de gestiones, también es empleada mía. Tú la acompañarás, llevarás el coche y te encargarás de protegerla. Mireille es muy valiosa para mí y no debe sufrir el menor tropiezo. Tú le allanarás los obstáculos. Cuando ella termine sus gestiones en España, regresará a París y habrá concluido tu primer contrato eventual, pero si todo sale bien, si me demuestras que puedo confiar en ti, te encargaré nuevos asuntos.

La verdad es que las palabras del coronel me sonaban a canto de sirenas, pero quise precisar más.

—¿Debo entender que me contrata como chófer y guardaespaldas de Mireille en su viaje a España?

—Más o menos.

Mireille seguía sonriéndome y me pareció que sus ojos maliciosos me prometían muchas cosas. ¿Cómo iba a desaprovechar una oportunidad semejante?

Acababa de dejar el ejército tras una dura campaña en el T Chad africano y me proponían hacer un viaje por España con coche a mi

nombre y una chica preciosa.

Por unos momentos me pregunté si todavía estaría durmiendo en el catre del barracón militar, soñando con algún cuento de las mil y una noches; pero no, era realidad. Yo estaba allí, el coronel bebía whisky y Mireille, en silencio, esperaba mi decisión, pero a mí me faltaba algo que preguntar.

—¿Cuánto voy a cobrar por el trabajo?

—Quince mil francos.

Me dije que no era mucho para un trabajo eventual y disparé otra pregunta antes de que el coronel frunciera el ceño.

—¿Gastos pagados?

—Sí, claro, gastos pagados, los quince mil son limpios.

—¿Cuánto tiempo?

—Menos de cuatro semanas. Si sale bien, tendrás más trabajo y poco a poco puedes hacer una buena bolsa.

Como no quería pasar por tonto del todo hice otra pregunta.

—¿Cuando esté de viaje, he de pasar como el chófer de ella o puedo decir lo que me plazca?

—Dirás lo que ella te permita decir —me replicó.

—Coronel, dígame lo más importante —pidió Mireille que hasta aquel momento habla estado calladita, como una gatita a la espera de caricias.

—Sí, claro. Mireille llevará su equipaje.

—Natural —respondí—, yo también llevaré el mío. Por cierto, me iría de perlas un adelanto para comprarme un poco de ropa y un par de maletas. Acepto también un crédito a cuenta de próximas trabajos.

Comprendí que estaba hablando como un caradura y un cínico, pero intuía que de haber sido modesto y pasivo, el coronel no me habría contratado, por lo que había decidido no defraudarle.

—Te daré diez mil francos por adelantado.

—Me parece que usted entiende bien los negocios, coronel —le dije, satisfecho, pues me ofrecía más de lo que yo esperaba.

—Te daré los cinco mil restantes cuando regreses, y si todo ha ido bien como espero, es posible que te dé un cincuenta por ciento más como gratificación.

—¿Un cincuenta por ciento más sobre los quince mil? —pregunté, por precisar.

—Si.

Eso suman siete mil quinientos más, el contrato me interesaba cada vez más.

—Cuidarás de que Mireille no pierda su equipaje, especialmente un maletín que llevará consigo.

—¿Un maletín tipo portafolios? —pregunté.

—Sí —asintió el coronel—. Ese maletín es importante y no deberá tocarlo nadie, absolutamente nadie. Te las arreglarás para que en la frontera no lo toquen. Si en la frontera surgiera algún problema, llamarás a un teléfono que te daré.

—¿Y me dejarán pasar?

—Digamos que se solucionará el problema. Tengo amigos, tú lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, claro, So entiendo, pero ¿qué contiene el maletín? No quiero verme metido en un fio de tráfico de drogas.

—Yo no trafico en drogas.

—En ese caso, no le importará que dé un vistazo al contenido de ese maletín.

—Nadie verá el interior del maletín. Te he dicho ya que no lleva drogas y si se te ocurriera abrirlo, despédete antes de este mundo.

Sonriendo irónico pregunté:

—No me estará diciendo que el maletín lleva explosivos, ¿verdad?

—El explosivo que lleva dentro es diez veces superior a la Goma-2 —puntualizó. Dio una chupada a su cigarrillo, como esperando que sus palabras hicieran efecto en mí y añadió—: El explosivo está dentro para los excesivamente curiosos. Si se abre el maletín no se va a encontrar absolutamente nada de su contenido y tampoco de quien haya provocado la explosión. A lo sumo se van a encontrar las suelas de sus zapatos siempre que sean de buena calidad.

—Pero yo no puedo aceptar ese trabajo sin saber lo que hay en el maletín. Intuyo que mi vida está en juego.

El coronel Lamoire fue más claro y rotundo que yo, y en cinismo también me superó.

—Si no te gusta el trabajo, puedes marcharte. Dentro de una hora, si no has aceptado, vendrá otro a pedírmelo como tú has hecho. Desgraciadamente para ti y para los que son como tú, hay pocas ofertas donde escoger.

Me bebí todo el coñac sin saborearlo.

Había decidido aceptar. Tú, lector, ¿qué hubieras hecho en mi lugar?

Capítulo II

NO soy muy exigente en cuanto a vestir se refiere, quizá porque nunca he tenido los bolsillos llenos de billetes, por ello decidí convertirme en cliente de las Galerías

Lafayette, unos almacenes muy grandes en el centro de París, como podría haber encontrado en Londres, París o Roma.

Me compré un traje claro de verano, por si tenía que salir de noche, otra ropa más ligera y un par de maletas. Me convertí en un buen cliente de los grandes almacenes pero, cada vez que pagaba en una caja, ni me sonreían. Allí había muchas mujeres pasadas de edad.

Salí con el par de maletas, sólo me faltaba el coche.

Tomé un taxi y me dirigí a la Casa de la Radio, un enorme edificio redondo familiarmente llamado El Queso por sus innumerables pasillos y sus líneas futuristas. Parte de la película *Fahrenheit 451* de Truffaut se rodó en él.

Pagué la carrera y me quedé junto a la acera, esperando. Varios taxis pasaron junto a mí y disminuyeron la marcha.

Al fin, se detuvo un Alfa Romeo de color verde y dos puertas, un modelo deportivo que no estaba mal.

Un hombre alto como yo, vestido de oscuro, un tipo duro de pelo escaso y fino, peinado con fleco sobre la frente y que ostentaba unas cejas muy pobladas y unos labios apenas existentes, me interpeló:

—¿Monsieur Jean-Marc Carné?

—Presente —respondí, por aquello de haber estado tanto tiempo en la milicia.

—Esto es suyo.

Me entregó una cartera de piel que tendría un palmo de ancha por un palmo y medio de larga y sobre ella me dejó unas llaves.

—¿Este es el coche? —pregunté.

—Sí, ese es el coche, suerte.

Antes de que tuviera tiempo de preguntarle nada más, se detuvo un Mercedes-Benz azul brillante. Aquel individuo se metió dentro y desapareció.

¿Quién sería aquel tipo, otro asalariado del coronel?, me pregunté cuando un coche de policía de tráfico se detenía detrás del Alfa-Romeo verde que llevaba matrícula de París.

—¿Es suyo el coche? —me preguntaron.

Dudé un instante, pero al fin dije:

—Sí.

—Pues circule, aquí está prohibido estacionarse.

La portezuela estaba abierta Lancé las maletas sobre el asiento posterior para no perder tiempo abriendo el maletero.

El coche arrancó con suavidad. El motor era bueno, se notaba nada más darle a la llave de contacto. El cambio de marchas me pareció algo duro, pero pensé que aquello era *peccata minuta*.

Pisé al acelerador con tiento para no llamar la atención de la policía de tráfico y me sentí a gusto conmigo misma Para empezar, no estaba nada mal, y más si pensaba que iba a recoger a una maravillosa rubia que estaba dispuesto a llevarme a la cama Lo que aún no sabía en aquellos momentos era el tiempo que se me iba a resistir. No me las doy de donjuán, pero si a ti te ponen un bombón de licor entre los dientes, no me digas que no vas a morderlo, no me lo digas porque no me lo creo. Y si no lo mordieras, por lo menos lo chuparías y Mireille estaba para chupársela.

Me detuve frente al hotel, no era gran cosa. Miré mi reloj y por la puerta del hotel vi aparecer a una mujer que llevaba un maletín en la mano y, detrás, un mozo con tres maletas.

Aquella mujer no me pareció Mireille. Era morena y de cabellos largos, preciosos. Vaya hembra, me dije.

Ella vino directa hacia mí, golpeó el cristal de la portezuela y me pidió:

—Abre el maletero, encanto.

Mon Dieu, sí era Mireille... La reconocí por los ojos. Si la hubiera visto desnuda me habría sido más fácil identificarla. No es que yo la hubiera visto en cueros, eso no, pero me la había imaginado tantas veces...

El maletero era amplio. Metimos en él todas las maletas menos el maletín y el bolso de mano de Mireille. Ella le dio unos francos al mozo y nos largamos.

—¿Sorprendido?

—Verás, tenía la idea fija de que eras rubia, y por aquello del reflejo condicionado, esperaba a una rubia.

—Las mujeres podemos ser rubias, morenas, pelirrojas o cualquier cosa, para eso está la peluquería y las pelucas, claro.

—¿Y tu color natural cuál es? —pregunté, como un muchacho ingenuo. ¿Qué más daría el color de su pelo cuando la tuviera entre mis brazos sobre una mullida cama?

—A veces me olvido yo misma de qué color tengo el cabello.

—Los ojos son...

—Violeta.

—Muy lindos.

—¿Has tenido gato alguna vez?

Pisé el freno, ante mí tenía un semáforo rojo.

—¿Gato?

—Los gatos, cuando son cachorros, cambian el color de sus ojos. Una vez tuve un gato persa que tenía un ojo azul y otro naranja.

—¿Lo habían preparado para ver cine en tres dimensiones? —me burlé.

—Eres muy chistoso.

—Me das pie para que lo sea. ¿A qué viene eso del gato?

—Pues a que no te fíes demasiado del color que tengan los ojos de una gata.

Me miró con sus enormes ojazos. Yo la miré también, oí un chirrido de frenos y reaccioné automáticamente frenando también. Habíamos estado a punto de chocar con otro coche.

Un tipo de cara muy redonda empezó a insultarme mientras se ponía cada vez más rojo. Como yo no tenía que demostrarle que era más fuerte que él y, después de todo, no tenía la razón, suspiré. Maniobré con el volante y seguimos nuestro camino.

—Ve con cuidado o no saldremos siquiera de París —me dijo ella casi con un ronroneo de gata, aunque me pregunté si en vez de una gata no sería una zorra.

—¿El maletín que llevas detrás es el de la bomba? —pregunté.

—No es una bomba, simplemente lleva un explosivo de seguridad para que nadie que no sea la persona indicada pueda abrirlo.

—¿Y si un ladrón lo roba?

—Pues no van a poder ni identificarlo.

—¿Y tú no tienes miedo de llevar eso ahí atrás?

—Me han dicho que no estalla si no se comete la torpeza de querer abrir el maletín. Ah, se me olvidaba, el explosivo de seguridad estalla lo mismo si el maletín se trata de cortar por la tapa o el fondo, claro que sería muy difícil, porque lleva un forro de plancha de acero, fina pero resistente.

—¿Y tú sabes lo que hay dentro?

—¿Yo? No, claro que no.

—¿Eres una simple transportista como yo?

—Más o menos —dijo mientras abría un paquete de cigarrillos.

Se puso uno entre los labios, le prendió fuego, chupó con fuerza y me lo pasó a los labios. Yo alargué la mano y le toqué el muslo. Ella no se contrajo como una adolescente sorprendida en su pudor.

—¿Qué te parece si pasamos por amantes?

—¿A quién le vas a contar eso? —preguntó, irónica.

—No sé, en los hoteles si preguntan. Bueno, como no somos marido y mujer y tampoco podríamos demostrarlo...

—Ya no preguntan nada. Además, cogeremos habitaciones separadas, no te las prometas tan felices.

Debí poner una cara como si tuviera un súbito dolor de muelas. La verdad es que sí me había hecho muchas ilusiones.

Mireille cargó la reproductora de cassettes con cuatro cintas y estuvimos oyendo música durante un buen número de kilómetros, hasta que en la autopista me detuve en un área de servicio.

—Cargaremos el tanque de gasolina y pasaremos por el lavabo. Tenemos muchos kilómetros por delante.

Tomamos unos emparedados. Mireille estaba bien educada, no cabía duda, no se chupaba los dedos. Sus ojos de color violeta, ahora escondidos tras unas gafas de sol, me observaban de vez en cuando. Me pregunté si me consideraría un imbécil al que estaba obligada a soportar durante unos días.

Nos caía la noche encima cuando llegamos a Narbonne. Mireille indicó:

—Haremos noche en Narbonne, tampoco tenemos por qué llegar reventados.

—¿Nos espera alguien? —pregunté sarcástico.

Mireille estaba segura de poder manejarme, por ello tomé la decisión de no acosarla. No era bueno darle la ocasión para que me rechazara como si yo fuera un conejo en celo.

Yo fui quien pidió dos habitaciones. Le entregué la llave a ella, cenamos y le deseé:

—Buenas noches, querida. Hasta el amanecer que prosigamos viaje.

Ella me miró algo perpleja, como si esperara que yo le suplicase que me abriera la puerta de su habitación, pero yo no le pedí nada. «Si quieres comerte esa fruta —me dije—, has de esperar a que madure más.»

Me fui a la cama y me entretuve en revisar los papeles del coche. Todo estaba en orden. El vehículo estaba a mi nombre, tanto los documentos de propiedad como los del seguro, y me habían domiciliado en París, pero en una calle y en una casa donde yo jamás había estado. Sin embargo, tuve que admitir que el coronel se hallaba bien informado. Mis datos personales eran correctos.

No me fue difícil conciliar el sueño, estaba cansado. Había pilotado el Alfa-Romeo durante un buen número de horas.

Al día siguiente reemprendimos la marcha.

La frontera de la Junquera estaba cerca, entramos por la autopista Catalana. Mireille seguía sin perder de vista su precioso maletín ni su

bolso.

En la frontera no tuvimos ningún problema. Éramos franceses de turismo y automóviles en las mismas condiciones formaban una verdadera caravana.

—Ya estamos en España —fe dije.

—Me gusta España —opinó ella—. Tiene mucha luz. Por cierto, se me ha olvidado decirte que llevo dos pistolas.

—¿Dos? —brinqué—. ¿Y no llevas algo de artillería?

—Una pistola es para ti.

—Gracias. Y si me sorprende la policía con una pistola encima ¿qué sucederá? En este país, llevar armas ilegalmente resulta peligroso y no quiero dar con mis huesos en la cárcel.

—Junto con la pistola te daré un permiso de armas.

—¿Francés? —pregunté mientras rodábamos por la autopista que iba de la Junquera a Alicante y que llamaban del Mediterráneo.

—Si te pillaran con la pistola encima, muestras el permiso de armas francés y te disculpas. No ocurrirá nada.

—Eso ya lo veremos cuando esté entre rejas.

—No tengas tanto miedo.

—Es que tengo la impresión de que por quince mil francos me juego demasiado. Si por lo menos a los quince mil francos hubieran añadido una gata...

—¿Llamada Mireille? —inquirió burlona.

—Sí, me place.

—Pues no hay gata por el momento. Ah, y se te ha contratado porque sabes usar las armas.

—Sí, soy tu guardaespaldas, pero no sé de qué va el juego ya mí me gusta estar enterado de todo por si llegan las tortas saber de qué lado me las van a dar.

Mireille abrió su bolso. Extrajo un paquete que dejó en el interior de la guantera.

—¿La pistola?

—Sí, envuelta en nylon. El coronel dice que eres un tirador excepcional.

—En el ejército me calificaron así, pero llegué a creer que al quitarme el uniforme a mi regreso del Tchad, también dejaba las armas.

—Pues ya ves que no. Un arma es útil para defenderse o para defender a alguien. En este caso, si algún peligro me acecha, deberás usar la pistola para defenderme.

—En el trato no se me dijo que debería utilizar armas de fuego y en otro país.

—Vamos, vamos, Jean-Marc, no eres ningún ingenuo. No se te ha

contratado para que conduzcas un autobús de línea. Llevas un buen coche y te han dado dinero.

—Y me acompaña una hermosa mujer.

No era aquel el momento de echarse atrás. Mi meta inmediata era Barcelona, Mireille tenía que encontrarse allí con alguien. Me atreví a preguntan

—¿Vas a entregarle el maletín al tipo de Barcelona?

—El maletín ha de regresar a París intacto, yo soy responsable de ello.

—¿Por qué el coronel no ha enviado a alguien digamos con más posibilidades físicas para pasear el maletín por España?

—Quizá ha pensado que yo lo haría mejor. Además, ya estás tú para protegerme.

Empecé a darme cuenta de que, a medida que pasaban las horas, mi curiosidad por conocer lo que contenía aquel maletín y cuál era la misión de Mireille, iba en aumento.

—¿Qué clase de negocios tiene el coronel?

—No lo sé —me respondió Mireille, y tuve la impresión de que era sincera, de que no me engañaba.

—¿De veras no eres su amante?

—Te agradeceré que no te inmiscuyas en mi vida privada.

Todo eran portazos dando en las narices de mi curiosidad.

Empezaba a darme cuenta de que lo que sacaría de aquel negocio sería un viaje por España bien pagado, gastos aparte, y la compañía de una bella mujer que no parecía dispuesta a darme ninguna satisfacción extra. Cuando tanta gente había en el paro, quizá yo exigía demasiado.

Mireille me sorprendió porque no se perdió por la boca, hablaba lo justo. Un viaje largo predisponía a que se estableciese una relación de amistad y confianza entre ambos; sin embargo, Mireille llevaba en torno suyo un muro de protección que no se hacía patente debido a su natural coquetería, pero ese muro existía

No era una mujer que se entregara con facilidad como yo, en principio e ingenuamente, llegara a creer.

Llegamos a la mediterránea Barcelona.

Siguiendo las indicaciones de Mireille (que parecía haber estado antes en aquella ciudad), nos instalamos en un lujoso hotel cerca de la gran avenida Diagonal. Como pagaba los gastos el coronel Lamoire; decidí no privarme de nada.

Tenía deseos de darme un baño que me quitara de encima el cansancio de los largos kilómetros de autopista. Había acordado encontrarme con Mireille a la hora de la cena, puesto que teníamos habitaciones distintas.

No me había molestado siquiera en ver la pistola que había quedado

en la guantera del coche, prefería dejar el asunto de las armas para otro momento.

Quince mil francos no eran dinero suficiente para exponerme a que me encerraran. Me habían contratado como guardaespaldas de Mireille y si todo salía bien, en el futuro podían darme otros trabajos, lo que no quería era que me tomaran por tonto. Joven, fuerte, sávido con las armas y con los puños, ligero de piernas y muy bien entrenado en una compañía de operaciones especiales del ejército francés, pero quizá pensaban que con escasa capacidad mental.

Por otra parte, no era malo del todo hacerme pasar un poco por tonto por si llegaba el momento de darles la sorpresa.

Dejé que la bañera se fuera llenando de agua tibia y mientras, me desnudé. Cuando estaba en cueros y con los pies descalzos, pisando la moqueta gris azulada, llamaron a la puerta... Inmediatamente, subió a mi garganta una exclamación de lo más grosera que escapó en voz baja entre mis dientes.

Cuando estás en pelotas y llaman a la puerta, tú, si tú, que estás leyendo esta historia, ¿qué dices?

—Un momento —pedí, pensando que podía ser algún empleado del hotel que no había querido ver el rotulito de «NO MOLESTEN» que yo había colgado del pomo de la puerta por su parte exterior.

Me calcé los pantalones a lo vivo, sin slip intermedio, y abrí la puerta dispuesto a soltar algo desagradable.

Abrí mucho los ojos en el primer momento. Luego, los achiqué para escrutar mejor a la chica que tenía delante.

Alta pero no tanto como Mireille, tenía los ojos más grandes aún y más oscuros. Sus cabellos eran castaño rojizos, muy bien peinados con una melena que le llegaba justo hasta los hombros. Sus labios eran carnosos y la nariz algo pequeña y respingona. Vestía unos pantalones de pinzas oscuros, una camisola rosada y un chaleco a juego con los pantalones.

Tengo la impresión de que lo primero que miraron los ojos de aquella mujer, fue el vello de mi pecho. No sé si estará bien que diga que soy amplio de tórax, musculoso aunque de apariencia delgada. Mi piel estaba morena por el sol africano y era consciente de que mi anatomía gustaba a las mujeres.

—¿Jean-Marc Carné?

—Sí —asentí mientras aguantaba la puerta con la mano izquierda y apoyaba mi diestra con el brazo horizontal contra la jamba que tenía a mi derecha.

Con gran naturalidad y al mismo tiempo una agilidad felina, la desconocida se filtró bajo mi brazo derecho, internándose en la suite que disponía de una pequeña salita con dos sofás biplaza, uno frente al otro,

y una mesita de centro alargada separándolos. La alcoba estaba aparte.

—Eh, ¿quién eres? —pregunté.

Ella se acercó al controlador musical y conectó el hilo musical, elevando el volumen y llenando mi suite con la Sinfónica de Viena. Menos mal que no había escogido el hilo musical del rock duro.

Dudé si cerrar la puerta o no. Si hubiera sido una empleada la hubiera dejado abierta, pero aquella mujer no tenía aspecto de ser una doncella de habitaciones.

Se sentó en un sofá, sacó de su bolsillo un paquete de cigarrillos y comenzó a fumar.

Me pregunté si estaría «chiflada» y yo iba a tener problemas con ella; pero me pareció tan atractiva que decidí hacerle alguna concesión.

—¿Qué buscas aquí? —le pregunté en mi propio idioma, pues me daba cuenta de que ella sabía hablarlo a la perfección.

—Llámame Elisa.

No estuve seguro de que aquél fuera su verdadero nombre, pero ¿qué más daba? —Resulta que me iba a bañar y afuera he dejado el rotulito de «no molesten».

—Seré breve —dijo ella, tras expulsar el humo del tabaco, un humo que no se había tragado en profundidad.

—¿Tienes algo que ver con el hotel?

Mirándome a los ojos, sin rehuirme en absoluto, me soltó:

—Jean-Marc, será mejor que hagas tus maletas, cojas un taxi, te vayas al aeropuerto y regreses a tu París.

El consejo, dicho con tanta claridad y sin apasionamiento alguno, tuvo la virtud de sorprenderme. Hubiera preferido que me sugiriera otra cosa, y por supuesto que se mostrara más sugestiva.

—¿Y quién es el que me regala el consejo? —pregunté irónico.

—Si no haces caso del consejo, puedes verte metido en problemas muy desagradables.

—¿Debo entenderlo como una amenaza?

—Deja que tu acompañante se las arregle sola. A ti no te interesa el negocio.

—¿Ah, no? Pues, para que lo sepas, me pagan.

—Ya, te pagan como un matón acompañante.

Aquella definición descamada acerca de lo que yo era no me gustó, pero hube de tragármela porque bastaba meditarla un par de segundos para llegar a la misma conclusión.

Yo no me había contratado como matón de compañía; pero, por lo visto, el coronel Lamoire y Mireille me estaban convirtiendo en eso. Me di cuenta cuando Mireille depositó la pistola en la guantera,

—Supongamos que sea tal como dices —respondí, para añadir

después—: pero yo tengo la obligación de cumplir con el trabajo por el cual me pagan, y brindar protección a una mujer no me parece nada feo.

—Tengo la impresión de que eres un pajarito inocente —opinó, con el fondo musical a excesivo volumen. Era de día y cabía esperar que los vecinos de habitación no se molestaran—. Ella conseguirá lo que desea de ti y luego te dejará con el culo al aire.

Lo de pajarito inocente ya se pasaba de la raya, y con las negativas de Mireille yo tenía los pistones a rebosar de aceite.

—¿De qué clase de negocio se trata? —inquirí, hosco.

—Eso que te lo cuente tu protegida, yo ya te he dicho lo que debía —se levantó, dispuesta a dejarme.

No sé si fue su bien redondeado trasero, la rabia por sentirme insultado o que, como te he contado antes, tenía que cambiar el aceite de mis pistones; el caso es que me acerqué a ella por la espalda, la atrapé con las manos, la elevé en el aire y la cargué sobre mi hombro, dirigiéndome a la alcoba.

Elisa pateó en el aire y me golpeó la espalda con sus puños mientras sus protestas quedaban disueltas en el ambiente musical de la Sinfónica de Viena.

La descargué sobre la cama.

Ella intentó escapar, mas no tardó en darse cuenta de que mi fuerza física era excesiva para sus pretensiones de evadirse de entre mis brazos.

—Si me tocas, te arrepentirás —silabeó con los ojos llameantes de furia

Aquella preciosidad no era un ángel, no podía serlo cuando había llegado amenazándome; tampoco era ninguna colegiala, aunque parecía bastante joven.

Le abrí la camisa rosada y dejé sus pechos al descubierto, unos pechos hermosos, llenos.

—Hijo puta —me escupió.

Hice saltar el botón de sus pantalones, luego bajé la cremallera.

Me insultó tres o cuatro veces más. Me arañó el pecho y me pellizcó con la malignidad de una monja. La besé en la boca y penetré en ella. Evité comportarme con apremio y torpeza y ella acabó dejándose llevar por su propia sexualidad.

No quise castigarla satisfaciéndome yo solo y la conduje hasta el gozo de su orgasmo, que fue aceptado sin inhibiciones por su parte.

Le quité el paquete de cigarrillos que había quedado como perdido sobre la cama removida. Tomé un pitillo, le prendí fuego y recordé que tenía que cerrar el grifo de la bañera. Me miré al espejo. Estaba más relajado, hasta debía parecer más humano.

Cuando regresé a la alcoba, ella ya no estaba, había desaparecido como un fantasma atravesando paredes, ni siquiera había oído el

chasquido del cierre de la puerta. Comprendí que todo se debía a la música puesta a excesivo volumen.

Sonó el teléfono.

Vacilé un instante, sentía las piernas muy ligeras. Descolgué el auricular.

—¿Diga?

—¿Habitación cuatro cero dos?

—Sí.

—Por favor, ¿puede bajar el volumen del hilo musical? Oíros huéspedes se han quejado de él. Muchas gracias.

La voz femenina no esperó respuesta por mi parte. Colgué el aparato, fui a los mandos del hilo musical y lo cerré.

Yo iba de un lado para otro en pelotas. Tiré el cigarrillo a medio fumar y me sumergí en la bañera. Una suave y agradable sensación me embargó. Corría el riesgo de dormirme dentro del agua.

Llevaba un rato en la bañera, no demasiado porque la temperatura del agua no había descendido notoriamente, ni mi piel había comenzado a arrugarse, cuando me percaté de que no estaba solo en el cuarto de baño.

Mi presente acababa de ponerse muy feo, así lo comprendí cuando vi a dos hombres que me miraban con las cabezas cubiertas por capuchas negras.

En sus manos llevaban unas escalofrantes porras.

Preguntarles qué querían sí que hubiera sido propio de pajarito inocente.

Mis posibilidades de escapar con bien de aquel asunto tan feo eran nulas. Era como una tormenta que se te acerca mientras tú flotas en el mar sobre una colchoneta hinchable.

Aquel par de encapuchados no parecían dispuestos a gastar saliva hablando, lo que quería decir que la tormenta se iba a transformar en huracán para mí.

Si me acertaban con un buen porrazo en la cabeza y me sumergían en la bañera, el servicio de limpieza del hotel se iba a encontrar un cadáver en remojo, y como yo estaba convencido de que tenía que vivir unos cuantos años más, intenté salir de la bañera.

Reaccionar con rapidez cuando estás sumergido en el agua es difícil y el primer porrazo me lo llevé en el hombro derecho.

Logré sacar una pierna y golpear a uno de los encapuchados en el estómago, pero otro porrazo me dio en la rodilla y el dolor fue tan intenso que me hizo temer que me la hubieran roto.

No obstante, salí de la bañera salpicando agua y dando golpes mientras recibía el doble y con las terribles porras.

Me dieron en los brazos, en la espalda, en el abdomen. Caí al suelo

empapado en agua y cuando creí que me iban a rematar (lo que hubiera resultado muy fácil en aquellos momentos), los encapuchados huyeron.

Me quedé tendido boca abajo con la impresión de que un tanque MX-30 me había pasado por encima con sus cadenas triturantes.

Capítulo III

POR los entrenamientos recibidos en la compañía de operaciones especiales del ejército francés y mi estancia en Centro Africa sabía que no debía quedarme quieto y menos desnudo.

Tendido sobre el suelo me enfriaría rápidamente y con el shock traumático podía enfriarme y caer en una peligrosa lipotimia que me llevaría a la muerte.

Traté de reincorporarme y llegué a ponerme a gatas. No estaba seguro de si tenía o no huesos rotos.

De un zarpazo agarré la gran toalla de baño y la pasé por mi cuerpo sintiendo que todo me dolía. Repté sobre la moqueta, llegué hasta la cama y me metí en ella, tapándome hasta el cuello.

La sensación de frío aumentó y me estremecí bajo la ropa, había hecho bien en protegerme. Deseé tomarme media botella de coñac, pero sabía que en estos casos el alcohol también era nefasto.

Debía aguantar, recuperarme por mí mismo y después averiguar si tenía algún hueso roto o me habían reventado algún órgano interno.

—Hijos de puta —mascullé.

Más imprecaciones salieron de entre mis dientes que castañetearon ruidosamente. Mientras estaba quieto, no sentía los dolores, pero cuando movía mi cuerpo, aunque sólo fuera unos centímetros, notaba el efecto de la tortura.

Pasó el tiempo, una, dos, tres horas...

Había logrado superar el frío cuando sonó el teléfono. Lo miré, aún no sabía si tendría que usarlo para pedir una ambulancia que me trasladara a algún hospital.

Cuando el timbre sonó por cuarta vez, lo descolgué alargando el brazo y notando mil pinchazos por mi hombro y espalda.

—¿Diga?

—¿Jean-Marc?

—Hola, Mireille —saludé, haciendo un esfuerzo para que mis dolores no se traslucieran en mi voz.

—Te estoy esperando en el restaurante. ¿No bajas?

—Ah, sí, hay que cenar. Tardaré unos minutos, acabo de salir del baño.

—Te espero.

Me pareció que estaba molesta por mi tardanza.

La tendencia del ser humano cuando algo le duele es encogerse y quedarse quieto, pero yo sabía que la reabsorción del ácido láctico producido por los golpes sobre los músculos, mejoraba con el movimiento moderado; pero había que vencer al dolor y yo me impuse dominarlo.

Me levanté de la cama.

Al apoyar un pie sobre el suelo, un largo pinchazo me llegó hasta la ingle, creí que se me iban a electrocutar los cojones. Puse el otro pie y me rechinaron los dientes.

—Adelante, Jean-Marc, todo es acostumbrarse —me dije.

Me puse en pie y me miré al espejo del armario. Tenía cardenales por todo el cuerpo menos en la cabeza, me habían respetado la cara.

Si me vestía, la paliza no se notaría. Al día siguiente muchas zonas de mi cuerpo estarían tumefactas, y al pasar de los días se tomarían amarillas. Yo era joven, sano y fuerte, me recuperaría pronto si no me habían roto nada.

Conseguí andar por la habitación.

Tenía grandes dificultades y en algunos momentos, a causa de los dolores, las rodillas me flaqueaban; pero yo me había endurecido en las prácticas de combate en el Tchad, de modo que logré vestirme y calzarme, cuando lo mejor hubiera sido quedarme una semana descansando en la cama, o si no, que se lo pregunten a alguien que haya recibido una paliza a base de porra.

Descendí al *hall* y anduve hacia el restaurante. Me encontré con tres peldaños enmoquetados que me hicieron sufrir, pero yo sonreí como si nada me sucediera. Incluso mí zancada fue signo externo de vitalidad.

Descubrí a Mireille sentada ante una mesa. Ojeaba una revista y tenía delante un vaso alto en el que debía estar tomando algún combinado.

Me senté frente a ella.

—Te has retrasado un poco —me regañó cariñosamente.

Yo sonreía. Si alguno de los hijos de mala madre que me habían golpeado estaba cerca pensaría que no habían sido tan duros como habías creído utilizando la porra, claro que aquella actuación me hacía correr el riesgo de que en la siguiente ocasión que fueran a por mí, me golpearan con más saña y dureza aún.

—Tienes una sonrisa muy extraña —comentó Mireille.

—Sí —admití—, me cuesta un poco mantenerla.

—¿Van a tomar algo? —preguntó el *maître*, acercándosenos.

—Espárragos con mahonesa y ternera asada en su jugo —dije. Después pedí un buen vino tinto que tuviera cuerpo.

Mireille cenó con frugalidad.

—Quiero saber de qué va el negocio —le advertí sin dejar de sonreír pero de forma tajante para que ella se diera cuenta de que iba en serio.

—¿A qué viene eso ahora?

—Verás, encanto, resulta que me han visitado en mi habitación.

—¿Ah, sí, quién?

—Llevaban capuchas y me han dado una paliza muy desagradable, apenas puedo moverme. Me han respetado la cara, pero no estoy seguro de que a media noche no tengan que ingresarme en un hospital porque me hayan reventado algo por dentro.

El rostro de Mireille se ensombreció.

—¿Tanto daño te han hecho?

—No soy ningún quejicoso, pero te juro que apenas puedo moverme. Esta noche habré de tomar dosis fuerte de analgésicos. Tendría que ser una estatua de cera para evitar dolores. Me han pedido que me largue de vuelta a París.

—¿Quiénes son?

—Lo ignoro, por eso te pregunto de qué va el negocio. Si van a matarme quisiera conocer los motivos por los cuales voy a morir.

—Ya te dije que yo no lo sabía. Obedezco órdenes como tú, llevo el maletín y tú me acompañas, eso es todo.

—¿Y adónde tienes que llevar el maldito maletín?

—A Sitges.

—Eso es una población costera de la llamada Costa Dorada, ¿no?

—Exacto.

—¿Y quién te espera allí?

—No lo sé con exactitud, y te ruego que no hagas más preguntas. Si estás herido puedes regresar a París, yo seguiré adelante sola.

—No, querida, iré contigo.

—Pero has dicho que estás herido.

—Sí, pero ahora ya se trata de una cuestión personal. Quiero saber de qué va este negocio y también encontrarme con los dos encapuchados. La próxima vez no me pillarán desprevenido.

—¿Crees que podían haberte matado?

—Sí, aunque creo que esa no era su intención. Me han dado una lección, pero ellos no tenían por qué saber que los golpes me vuelven más terco, claro que si lo que buscan es el maletín, les hubiera sido más fácil ir a por ti.

—¿Para arrebatármelo?

—Eso es.

—Quizá sepan lo peligroso que puede ser. Ya sabes que el coronel nos advirtió que el maletín tiene medios sofisticados para estallar.

—¿Y cuando llegue el momento de abrirlo?

—No lo sé.

—¿No tienes llave del maletín?

—No.

—Veo que el coronel ha tomado muchas precauciones, este asunto debe tener mucha importancia. Lo que quisiera saber es quiénes se oponen a que ese maletín cerrado llegue a su destino.

—Tampoco lo sé. Tú me haces preguntas como si yo supiera muchas cosas y no es así. Quizá el coronel, que sabe muy bien lo que se hace, me ha escogido a mí para llevar el maletín precisamente porque no sé nada.

—Y porque se fía de ti.

—Sí, se fía de mí porque ya le he hecho otros trabajos y nunca hago preguntas. El coronel me ha pedido que lleve el maletín a su destino y eso es lo que hago. A ti te ha contratado para que me acompañes.

—¿Y ha pensado el coronel que pueden matarte?

—Eso ya me lo dijo en otra ocasión y yo acepté el riesgo.

Admito que me paga bien. Esto, Jean-Marc, no es un contrato de trabajo al uso con seguridad social y pensión de jubilación garantizada. Aquí te ofrecen un asunto como éste, tomas tu dinero y cumples. Te prevengo que jamás podrías demostrar que trabajas para el coronel.

—Entiendo. Si me sucede algo, sea aquí, en Francia o en cualquier otro país, no puedo decir que trabajo para el coronel Lamoire.

—Así es, no podrías demostrarlo.

—Si nos sucede algo a ti o a mí, él se lavará las manos.

—El coronel empleará medios para ayudarnos, pero de forma que nunca se le pueda señalar a él. Tenemos enemigos, ahora lo sabes mejor que yo. El coronel puede emplear las represalias, pero de eso tú y yo estamos al margen. Cuando contacte con él, no dudes que le explicaré lo que te ha sucedido.

—Y mientras él envía una orden desde París nosotros seguimos recibiendo golpes. Bueno, en vez de «nosotros», quise decir «yo».

—Yo no sé cuánta gente trabaja para el coronel; es un hombre importarte.

—Eso deduje yo por la suntuosidad de su casa.

—No me gusta todo esto, pero como estoy metido hasta el cuello, seguiré adelante, aunque le cobraré a alguien la paliza que me han dado, y si esos tipos creen que van a hacerme desistir de seguir acompañándote se van a llevar una sorpresa.

—A pesar de todo, es peligroso continuar aquí.

—Sí, tienes razón. Los enemigos del coronel o del maletín, no sé cómo decirlo, saben que estamos aquí.

—Podemos escapar de noche, dejaré la cuenta del hotel pagada.

—Cada vez que pagas una cuenta de hotel tengo la impresión de ser un «macarra».

—No digas tonterías. ¿Te encuentras bien para marcharnos?

—¿Cuánto hay de aquí a esa población llamada Sitges?

—Unos cuarenta kilómetros.

—Bien, podemos partir o, si te parece, cambiaremos de hotel aquí mismo en Barcelona. —Iremos a Sitges. Tengo las llaves de un chalecito donde podremos escondernos.

—¿Chaletito?

—Sí, y saldremos a comer por ahí.

—¿El chalet es del coronel?

—No lo sé, yo tengo las llaves. Quizá sea alquilado simplemente.

Mireille había centrado la cuestión: Lo mejor era partir y que nos perdieran la pista, pero yo ardía en deseos de ver el contenido del maletín.

Temía que la policía española o la Interpol nos pusiera las manos encima y al abrir el maletín apareciera heroína o cocaína; pero no, el coronel no podía ser un vulgar traficante de drogas. Y si era así, ¿qué diablos había dentro del maletín?

Hice un esfuerzo por tragarme la cena, menos mal que no me habían aplastado la boca no saltado las muelas.

Establecimos un plan de fuga. Ella abandonó el restaurante antes que yo y desde su habitación pidió que le prepararan la cuenta.

Yo subí a mi cuarto, recogí mis cosas y con la maleta me trasladé al dormitorio de Mireille tratando de no ser visto.

—Baja con todo el equipaje al parking —me pidió—. Yo pasaré por conserjería y pagaré la cuenta.

—De acuerdo.

Cada vez que cargaba con una maleta, el infierno se desataba en mis músculos y huesos golpeados, pero era joven y resistía, incluso más de lo que yo mismo había llegado a suponer, porque la paliza había sido muy fuerte, además de dolorosa.

Sentí deseos de ir al lavabo y oriné dentro del lavamanos porque presumí lo peor.

Oriné sangre mezclada con el propio orín, no me gustó y cuando volví la cabeza, Mireille estaba allí observando.

—¿Te encuentras muy mal? —preguntó.

—No mucho —mentí, porque la sangre que oriné me puso peor, sentí que palidecía y tuve náuseas.

La verdad es que aquella fuga del hotel me pareció infantil, pero resultó efectiva, o por lo menos, así lo creí yo. Estaba preocupado por haber orinado sangre. Sabía que después de algunas palizas eso podía

ocurrir, pero la recuperación podía ser buena si no me habían reventado un riñón.

—Conduciré yo —dijo Mireille.

No me opuse.

Abandonamos el hotel y nos dirigimos a la gran avenida Diagonal, iluminada por las altas farolas. Apenas circulaban coches a aquella hora de la madrugada. No tardamos en vernos en la carretera.

—¿Nos siguen? —preguntó la mujer.

Miré hacia atrás. Vi luces de faros tras nosotros, pero eso no quería decir que nos estuvieran siguiendo.

—Creo que no, pero rueda normal y cuando hayas recorrido siete u ocho kilómetros más te paras en el arcén y veremos qué hacen los que nos siguen.

—De acuerdo.

Observé que le gustaba apretar el acelerador y, de noche, eso no era prudente. Los faros iluminan un tramo determinado y calculando el espacio a recorrer en la frenada, si circulábamos a casi ciento ochenta, nos daríamos el tortazo si nos salía un obstáculo, porque cuando lo descubriéramos gracias a las luces, ya no serviría de nada la frenada, sólo cabía la posibilidad de sortearlo.

—¿Qué piensas, Jean-Marc?

—Que nos podemos estrellar, claro que estoy tan lleno de golpes que otro más ni me lo voy a notar —dije, sarcástico.

Se detuvo en el arcén. Al poco, tres vehículos pasaron lanzados junto a nosotros, también rodaban a fuerte velocidad.

—Han pasado de largo —observó Mireille.

—Sí, no han tenido tiempo de frenar. Ahora reemprende la marcha, pero no pases de cien.

—¿Tienes miedo?

—No es eso, quiero poder ver. ¿No estoy protegiéndote? Pues deja que haga bien mi trabajo mientras pueda. Si me rompen un hueso, ya no podré seguir a tu lado.

—De acuerdo.

Me enseñó las piernas, pues se subió la falda para conducir mejor.

Yo no sé si fue por los dolores que sentía o porque le había hecho el amor a Elisa, el caso es que no me sentí excitado.

—Mira, en el arcén hay un coche grande con las luces apagadas.

—¿Y qué?

—Ese es el coche que nos está siguiendo. Nos ha pasado de largo y como esto es una autopista se ha detenido en el arcén a la espera de que lo rebasemos como acabamos de hacer.

Volví la cabeza y observé que el vehículo se ponía en marcha

encendiendo de nuevo sus luces. Ya nos habían localizado.

—¿Qué hacemos ahora?

—Pues dejarles que nos sigan mientras estemos en la autopista. Cuando salgamos de ella será otra cosa.

—¿A ti no te han dicho quiénes son?

—No, y va una chica con ellos.

—¿Una chica, la has visto?

—En el hotel. Ha sido la primera en decirme que me fuera, que dejara este asunto.

—Eso no me lo habías dicho.

—Pues ya lo sabes. Parecen profesionales.

—Sí, y temo que nos disparen —confesó Mireille, mirando a través del espejo retrovisor. —Si hubieran querido matarnos, ya podían habernos llenado de plomo. Lo que pretenden esos hijos de mala madre es que los llesves a alguna parte, y les parecía más fácil dejándote a ti sola, pero no lo han conseguido.

Mireille conducía con cierta tranquilidad. Pasamos el peaje y allí vi un automóvil de la policía española. No había que llamar la atención y menos llevando armas.

Abrí la guantera y extraje la bolsa de plástico que ocultaba la pistola. Era una Astra-Colt, precisamente un arma fabricada en España.

Abrí la petaca y comprobé que estaba llena de proyectiles. Moví el seguro, todo parecía en perfecto funcionamiento.

—Cuando yo te diga «ahora», vas a reducir la velocidad a ochenta y te pasas al carril de la izquierda.

—¿Al carril rápido? —preguntó, sorprendida.

—Eso he dicho.

—Pero, Jean-Marc, es una contradicción. Si reduzco la velocidad tengo que ponerme a la derecha.

—Tú haz lo que yo te diga.

Mireille obedeció. Yo ya había bajado el cristal de mi ventana y saqué medio cuerpo por ella. Me había preparado para situaciones difíciles de combate e incluso lleno de cardenales y dolores como estaba hice lo que debía.

Apreté el gatillo por tres veces, disparé justo entre los ojos de luz del coche que nos seguía.

Al disminuir bruscamente Mireille la velocidad, el otro coche quedó más cerca, cogido por sorpresa. No me fue difícil disparar contra el objetivo que me había marcado.

—Listos.

—¿Has matado a alguien?

—No, he disparado al motor. Como mínimo habré agujereado el

radiador, aunque espero haberles roto algunas piezas más del motor. Seguro que no nos seguirán mucho rato. Ahora ya puedes acelerar.

Miré hacia atrás.

El coche que nos seguía se fue distanciando hasta que lo perdimos de vista. No cabía duda de que les había reventado el motor, yo no lo veía, pero debía estar sacando humo.

—Eres muy eficaz, Jean-Marc.

—Supongo que por eso me ha contratado el coronel Lamoire.

—Esperemos que no avisen a la policía.

—No creo que lo hagan. Se estarán dando a todos los diablos y tienen suerte de que no se les haya incendiado el coche.

Salimos de la autopista y por una carretera que iba en dirección Este llegamos a la villa de Sitges. Mireille llevaba un pequeño mapa que nos sirvió para encontrar el chalet que no estaba lejos del mar, al sur de la blanca población que pese a ser de madrugada parecía muy animada.

Utilizando las llaves que me entregó Mireille, abrí la verja. A derecha e izquierda había un muro tras el cual asomaban cipreses de unos dos metros de altura que ocultaban el pequeño jardín.

Encerramos el coche en el garaje y pasamos al chalet. Conectamos el circuito de electricidad que funcionó perfectamente. Olía a humedad y yo estaba que me caía.

—Será mejor que te acuestes —me recomendó Mireille.

—Sí, será lo mejor.

Cuando me hube acostado se me acercó con una jeringa. La miré preocupado.

—¿Qué es eso?

—No preguntes. Te quitará los dolores y dormirás a placer unas cuantas horas.

Dejé que me inyectara sin hacer preguntas. Al poco, me había dormido.

Capítulo IV

CUANDO desperté, la luz entraba por las rendijas de las persianas. No había tenido pesadillas y me di cuenta de que tenía muchos deseos de hablar, pero por allí no había nadie.

Me incorporé en la cama y cobré conciencia de mis dolores, pero decidí no dejarme vencer por ellos y busqué el aseo. Te confieso que al principio no sabía si estaba en el Tchad, en París o en dónde.

Encontré el baño, era un magnífico cuarto de mármol blanco y módulos sanitarios color rosa, incluida una bañera redonda. Me puse frente al espejo y pude ver con claridad las marcas oscuras de los porrazos.

Me metí bajo la ducha y al mismo tiempo estimulé mi cuerpo haciendo movimientos gimnásticos, piernas, brazos, tronco, cabeza. Tenía que dar movimiento a los músculos golpeados y así lo hice.

Salí del baño y me vestí, me estaba recuperando.

Salí a una terraza y descubrí una pequeña piscina vacía. El jardín no era grande, apenas seis o siete árboles y el cerco de cipreses que separaban la propiedad de las colindantes.

—¿Jean-Marc?

Me volví.

Mireille apareció vestida con una especie de camiseta y shorts blancos, mostrando sus bien torneadas piernas. Ahora tenía el cabello rubio oscuro y ocultaba sus ojos tras unas enormes gafas de sol.

Para mí, cada vez era una sorpresa enfrentarme a ella. Si los que nos habían seguido hasta que les agujereé el radiador habían llegado también a Sitges, no sería fácil que la reconocieran.

—Hola, parece que he dormido mucho —dije.

—¿Cómo te encuentras?

—Bastante bien.

—¿Y, y...? —vaciló.

—¿Quieres saber si sigo meando sangre?

—Pues, sí.

—No lo sé, ya te lo diré. Me apetece beber unas cervezas frescas.

—En el frigorífico hay unas cuantas latas, he ido al supermercado.

—¿Con el coche?

—No, he comprado un cesto con ruedas y he traído lo que he comprado. Puedes tomar cerveza, leche o whisky. Tienes queso y embutidos para comer y pan de molde.

—No sigas. ¿Crees que te ha visto alguien?

—Mucha gente, pero si te refieres a algún seguidor, la verdad, no he notado nada. Dime, si tú me hubieras visto por la calle, ¿me habrías reconocido?

—Admito que no, pero te hubiera silbado con admiración.

—Hombre, gracias. Anda, siéntate aquí en las butacas del jardín. Traeré bebida y te haré algunos sandwiches. Un joven fuerte como tú seguro que tiene hambre.

Me comí cuatro bocadillos mientras ella me observaba desde detrás de sus gafas oscuras. Me pareció que me miraba con deleite, como satisfecha de verme comer con apetito. Me bebí dos latas de cerveza y después tomé fruta.

—Da gusto verte comer —opinó al fin.

—A mí me sería difícil morir de consunción, soy un tipo vital. Ahora hablemos de lo que nos interesa. Estamos guarecidos en este chalet, al parecer hemos despistado a los que nos seguían, que no sabemos quiénes son ni lo que pretenden, aparte de darme palizas. —A mí me interesa esa chica que viste.

—¿Celos?

—No sé —respondió, ambigua.

—Ella debe pertenecer a la banda u organización que te sigue la pista y que prefiere que yo no esté a tu lado cuando el maletín llegue a su destino. Quizá si pudiera volver a hablar con ella, me diría lo que contiene el dichoso maletín. ¿Sabes que me dan ganas de abrirlo y mirar lo que hay dentro?

—Si lo intentas, ya sabes lo que te ocurrirá, no podrás contarlo.

—Sí, eso es lo que me contiene, pero ¿y si fuera sólo una amenaza psicológica?

—¿Psicológica?

—Sí, que el coronel me hubiera explicado ese cuento para que mantuviera mis manos y mi curiosidad quietas. Vamos, que el maletín no lleva explosivos de clase alguna.

—Yo no desconfiaría de las palabras del coronel. Por lo que yo he comprobado hasta la fecha, todo lo que he dicho es cierto. Si tú cometes la locura de abrir el maletín yo prefiero estar lejos, amo la vida.

—Bien, bien, seguiré siendo un buen muchacho, pero tú aún no me has dado respuesta.

—¿A qué?

—Pues a cuál es el próximo paso que hay que dar.

—Lo sabré cuando suene el teléfono.

—¿Quién llamará?

—Lo ignoro.

—Encanto, tú nunca sabes nada, eres maravillosa.

—Ya te lo he dicho, sólo soy un enlace, como un robot, y la verdad es que no deseo saber más. Quiero vivir y la curiosidad acorta la vida. Ahora, si puedo hacer algo por ti...

—¿El qué?

—Tengo una pomada antigolpes, acorta el tiempo de los moretones y rebaja el dolor.

—¿Y huele mal?

—No, creo que no.

—Pues necesitaría un par de toneladas de esa pomada.

—Si me dejas que te la aplique yo, con el tubo que he traído, creo que será suficiente. —En ese caso, adelante.

Me quitó la camisa y ella trajo una gran toalla naranja que extendió sobre la hierba algo descuidada; le hacía falta un pase de la cortadora.

—Desnúdate y tiéndete sobre la toalla.

—De acuerdo, querida.

Le mostré mi cuerpo y los morados que tenía.

—Es increíble, podían haberte matado —me dijo, siempre sin quitarse sus grandes gafas oscuras.

—Oye, ¿tu pelo es rubio, pelirrojo o moreno?

—¿Qué más da? Lo que importa es lo que hay debajo del pelo, no el cabello en sí.

Las manos de Mireille fueron las de un ángel. Fue aplicándome la pomada con exquisita delicadeza al tiempo que deslizaba las yemas de sus dedos sobre los lugares golpeados para que absorbieran el medicamento.

El día era muy hermoso, hacía una excelente temperatura, temperatura del Mediterráneo en vacaciones. Nos rodeaba un muro de oscuros y altos cipreses. Debía estar recuperándome a gran velocidad porque...

—¿Qué haces? —preguntó ella.

La enlacé por la cintura, la volqué hacia mí, la besé en los labios y decidí que llevaba demasiada ropa encima.

—No, no, te encuentras mal —se debatió, tratando de escapar.

No escapó.

Lo cierto es que tampoco hizo grandes esfuerzos para librarse de mí y yo pude demostrarle que la paliza no había mermado mi vigor físico.

No sé si fue el efecto de la pomada o lo hermosa, cálida y suave que estaba aquella hembra llamada Mireille, el caso es que me olvidé completamente de los dolores. —Amado salvaje —gimió, orgásmica,

junto a mi oído mientras me clavaba las uñas en los costados.

El muro de cipreses nos aislaba bastante del rumor de los pocos coches que circulaban por aquellas calles de la urbanización.

Vi pasar una avioneta con una cola publicitaria y me pregunté si, desde arriba, el piloto podría vernos. Te pareceré un cursi, pero me hubiera gustado oír gorjeos y trinos, más allá no había otro pájaro que el mío y éste ya estaba muy quieto y relajado. A mi lado, Mireille se desperezaba como una gata al atardecer después de pasarse varias horas durmiendo en el mejor sofá a su alcance.

En aquel momento sonó el teléfono. El silencio que reinaba a nuestro alrededor nos permitió oírlo con claridad pese a que estábamos en el pequeño jardín y el teléfono se hallaba en el interior de la casa.

—¿Es la llamada? —inquirí.

—Pronto te lo diré.

Quedamos a la escucha. Luego los timbrazos cesaron.

—Han colgado.

—Siete timbrazos, ahora volverá a sonar —dijo Mireille.

—¿Y lo descolgarás?

—Todavía no.

Tal como ella había previsto, el teléfono volvió a sonar. Empezamos a contar hasta que cesaron de nuevo los timbrazos.

—Cinco esta vez —dije.

—Sí, es la llamada, espera aquí.

La joven se internó en la casa. Oí que el teléfono sonaba de nuevo y Mireille lo descolgó. Me acerqué sigilosamente a una ventana tratando de escuchar. Si Mireille me llega a descubrir me hubiera sonrojado, pero yo quería saber en qué me estaba jugando el pellejo.

Capítulo V

HABÍA oscurecido. La playa estaba vacía de los vacacionistas, indígenas y extranjeros que por la mañana y también por la tarde habían estado tomando el sol y bañándose en las aguas mediterráneas que allí llegaban a la arena con suavidad, casi con pereza felina que despierta y se estira y cada movimiento es un ronroneo sensual.

Estacioné el Alfa Romeo a unos cincuenta pasos del bar.

A mi lado, Mireille me observó a través de los cristales oscuros de sus gafas de sol. Ahora, con su melena negra, podía pasar por una hembra mediterránea, aunque quizá su piel resultaba demasiado blanca.

—¿Vas tú? —me preguntó.

—Sí, espera aquí. Estamos estacionados en infracción, pero si viene algún agente le dices que es sólo un minuto. Lo de «un minuto» dilo en español si puedes y enséñale algo de muslo.

Sonrió levemente. Yo abandoné el coche y anduve hacia el bar Oliva. Fui al mostrador y pedí:

—Una cerveza.

Pagué y empecé a beber mientras observaba las dos máquinas tragaperras que allí había, ambas ocupadas. Dos jugadores no hacían más que introducir monedas por la ranura y, de vez en cuando, sonaba la musiquilla electrónica anunciadora del premio. A más música, más monedas de premio, aunque el tintineo de las monedas era la música más agradable al oído de los jugadores.

Terminé la cerveza y me acerqué a la máquina. Escogí la máquina que estaba más a la izquierda y que era más alta que la otra. El tipo empezó a ponerse nervioso por mi presencia ya que no tenía suerte y la otra máquina acababa de quedar libre.

—Puede jugar en la otra —me dijo, molesto.

—Gracias —le dije en español, pero seguía a su lado.

Aquel jugador siguió echando monedas. Sólo tuvo la pequeña suerte en una ocasión que le devolvieron doble de lo que había puesto, lo que significaba que era el premio mínimo.

Al fin, cuando yo temía que ganara un premio sustancioso que le llenara el bolsillo de monedas con las cuales poder pasarse media hora más agarrado a la maquinita, como si ésta fuera la salvación de su vida, el bote de un naufrago en medio del océano, se le terminaron las

monedas. Rebuscó en sus bolsillos sin éxito.

—¿Puedo yo? —pregunté.

El perdedor se alejó hacia una columna, medio ocultándose tras ella para espiarme a placer.

Introduje una moneda de veinticinco pesetas en la ranura y pulsé el botón verde. Luego escogí entre los pulsadores de frutas.

La electrónica se puso en marcha y sonó música celestial, monedas y más monedas comenzaron a caer en cascada.

Te juro que no había sido esa mi intención, no estaba allí para jugar, pero la suerte se puso de mi lado y los dientes de mi predecesor en el juego de aquella «tragaperras» rechinaron furiosos y mascaron el resentimiento.

En vez de apresurarme a tomar las monedas que habían quedado a mi alcance en el recogedor, puse otra pieza de veinticinco pesetas en la ranura y empecé el juego que iba a durar apenas veinte segundos.

Volvió a sonar la musiquilla y de nuevo, cascada tintineante de monedas. Repetí el juego por tercera vez y volví a acertar. Te parecerá extraño lo que te cuento, pero así fue, tres veces acerté en la tragaperras.

Ladeé mi cabeza hacia el perdedor que seguía agazapado tras la columna y me pareció que se había puesto amarillo. No pudo resistir mi mirada y se alejó a escupir su espuma en la cercana arena de la playa.

Acerqué la mano a la máquina por su parte posterior y arranqué un sobrecito de plástico que habían pegado con un simple chicle. Empecé a recoger las monedas ganadas y me llené los bolsillos.

Abandoné el bar y regresé al coche donde esperaba Mireille, cuando un agente de tráfico se acercaba al automóvil que, ciertamente, obstaculizaba la circulación.

Le ofrecí una sonrisa de disculpa.

—¿Cómo ha ido? —me preguntó Mireille.

—Bien.

Le alargué el sobrecito de plástico que contenía una llave y que todavía tenía el chicle adherido.

—Qué asco —se lamentó ella.

Abandonamos aquel lugar. Mireille sacó la llave del interior del plástico y arrojó éste por la ventanilla.

—¿Y ahora qué? —inquirí.

—He de llevar el maletín a su destino.

—Tengo la impresión de que nos están espiando.

—¿Has visto a alguien sospechoso? —preguntó, mirando hacia atrás.

Un coche alemán iba tras de nosotros, circulando lentamente por aquellas calles estrechas, llenas de tipismo, de bares y restaurantes, de

pubs y tiendas repletas de *souvenirs* y útiles de playa, especialmente de plástico con furiosos colores.

Resultaba difícil abrirse paso entre la gente que caminaba por la calzada, importándole muy poco los automóviles que pudieran circular.

—No he visto nada raro, pero lo presiento —dije.

—Me gustaría poder terminar esto ahora y partir mañana de regreso a París.

—¿Tan pronto?

—No estamos de vacaciones, Jean-Marc, sino cumpliendo una misión.

—Me gustaría permanecer unos días más en el chalet contigo —le dije, alargando la mano y acariciándole las piernas.

—¿Qué llevas en los bolsillos? —preguntó, fijándose en mis pantalones, no sé por qué motivo.

—Monedas, he tenido suerte con la tragaperras.

Me dejó guiar por sus indicaciones hasta que me pidió:

—Quédate aquí.

Pisé el freno.

—¿Es aquel bloque de apartamentos?

—Sí —respondió—. No quiero que te vean, se trata de una misión muy delicada. El coronel me pidió la máxima discreción para que el pájaro no vuele.

—¿Y quién es el pájaro?

—No lo sé. Yo tengo que subir a uno de los apartamentos de ese edificio. Abriré la puerta con la llave, entraré, dejaré el maletín sobre la mesa y abandonaré el apartamento y luego el bloque. Pasaré al bar con terraza que hay delante, me sentaré sola a una mesa, pediré una bebida y permaneceré exactamente treinta minutos. Después regresaré al apartamento utilizando la misma llave y buscaré el maletín. Si encima de él han pintado un cero con tiza es que todo ha ido bien.

—¿Dejarás otra vez el maletín allí?

—No, lo recogeré y abandonaré el edificio. Subiré al coche y evitando ser seguida regresaré al chalet, allí nos encontraremos tú y yo.

—No está mal, pero me siento un poco desplazado. Mi misión es protegerte, no lo olvides.

—Lo importante no soy yo, sino el maletín.

Pensé que lo más importante era ella, pero...

—Puedo coger yo el maletín —dije.

—Sí, eso será lo mejor. Cuando me veas venir con el coche, ponte junto a ese árbol que hay en la otra acera. Yo llevaré la ventanilla abierta, disminuiré la marcha y te arrojaré el maletín. Lo llevas tú al chalet, pero con mucho cuidado de que no te vean. De aquí al chalet,

caminando, no tardarás más de diez o quince minutos.

—De acuerdo. Y tú, ¿qué harás?

—Me iré con el coche como si tal cosa. Daré un rodeo para asegurarme de que no me siguen antes de ir al chalet.

—Bien, allí nos encontraremos. Cuídate.

Puso un beso en mi boca y yo me quedé fuera del coche.

Mireille siguió la calle en dirección sur, la vi frente al edificio de apartamentos. Giró el coche, estacionándolo de manera que al terminar aquella extraña misión pudiera ponerse en marcha fácilmente.

Me senté en el bar que tenía más cerca. Desde su terraza podía ver a Mireille, la cual descendió del Alfa-Romeo y con el peligroso maletín en la mano se dirigió al bloque de apartamentos, penetrando en él.

—¿Qué desea tomar?

—Una cerveza —volví a pedir. Pensé que ya estaba tomando demasiadas, pero no podía quedarme en la mesa sin tomar nada y tenía sed, mucha sed. Me estaba olvidando de los golpes, pero la paliza aún la llevaba dentro.

Puse las monedas sobre la mesa y comencé a hacer montañitas. Tenía media hora para entretenerme contándolas, algo tenía que hacer y disimular leyendo un periódico como en las películas de espías me pareció ridículo.

Mireille volvió a salir del edificio sin nada en las manos. Había dejado ya el maletín en su lugar correspondiente. Yo seguía contando monedas; el mozo del bar me miró con perplejidad.

—Tenga cuidado, hay muchos ladrones —me advirtió.

Yo sonreí, mi mayor preocupación no era que me robaran aquellas monedas.

Empezaba a sentirme algo defraudado, hubiera deseado que aquellas vacaciones pagadas duraran más. No podía quejarme, me había acostado con dos bellísimas mujeres y hasta había recibido una paliza de muerte, tenía buena ropa y unos miles de francos. Ah, y un coche a mi nombre, nada más y nada menos que un Alfa-Romeo sport, eso no lo había contado el coronel al contratarme.

Me hice ilusiones con Mireille. Además de hermosa era inteligente. Quizá tuviera uno o dos años más que yo, con las mujeres nunca se sabe.

Algunas aparentan diez años más de los que realmente tienen y otras, todo lo contrario. Con la edad de una mujer yo no me jugaría nada.

Pasaron los minutos.

Conté hasta cuarenta y cinco monedas de veinticinco pesetas, incluyendo las que yo había llevado conmigo. Eso significaba la cantidad de mil ciento veinticinco pesetas, menos de lo que podía suponerse viendo el montón de monedas.

Llamé al camarero con la mano. Cuando se me acercó le pedí:

—Una botella de coñac.

—Enseguida.

Cuando regresó con la botella le pedí que se cobrara del montón de monedas. Empezó a contar, se las llevó todas y al final dijo:

—Faltan cien pesetas, señor.

—¿Cien pesetas? —inquirí sorprendido.

—Sí, señor.

—¿Tan caro es el coñac?

—Esto es un bar, señor. Si quería comprar más barato debía haber ido a una tienda.

Me sonreí. Podía haber rechazado la botella de coñac, pero yo no sentía aquellas monedas como mías, de modo que busqué cien pesetas en mis bolsillos y saldé la cuenta. Había que matar el tiempo de alguna manera.

Observé mi reloj.

Dos chicas que me parecieron compatriotas mías se acomodaron en otra mesa cercana y no cesaban de sonreírme. Me sentí semental. Hubiera jurado que aquellas dos mujeres deseaban llevarse a una habitación para compartirme, esperando, por supuesto, que yo diera de mí todo lo que ellas pretendían.

La luz de las farolas y del bar que estaba frente al edificio facilitaba la observación.

Por la calzada circulaban algunos vehículos con sus faros encendidos, la noche era hermosa.

En el frigorífico teníamos lo suficiente para enfrentarnos a una cena fría. Después Mireille y yo disfrutaríamos de los placeres del amor.

Todo lo que restaba de noche, sería nuestro, no hacía falta precipitarse para partir de regreso a París. Siempre podíamos telefonar al coronel y advertirle que llegaríamos algo más tarde.

La Costa Dorada era hermosa, su mar cálido, su ambiente cosmopolita y variopinto. La Blanca Subur (así la llamaban) estaba hecha para el amor de las gentes que escapaban de sus lugares habituales de residencia. Suecia, Alemania, Inglaterra, Francia, Italia y otros países donde el hastío les aplastaba. Allí las mujeres se llenaban los ojos de luz y de sensualidad. Codo el cuerpo. Transpiraban amor, ansiaban placer.

Podía ver el edificio de apartamentos con bastante claridad. Había farolas muy altas que iluminaban un jardín que debía ser propiedad de la comunidad de propietarios. Posiblemente había una piscina que yo no alcanzaba a ver. Oía gritos pese a la distancia, gritos de chicas bañándose seguramente.

Pude ver a Mireille saliendo del edificio con el maletín en la mano.

—Todo ha salido bien —me dije en voz baja.

Abandoné el bar y crucé la calzada mientras ella subía al Alfa-Romeo verde que estaba a mi nombre.

El vehículo se puso en marcha con las luces de posición encendidas. Todo iba magníficamente. Yo vigilaba por si algún otro coche también se ponía en marcha para seguirla. Vi a dos automóviles, parecían venir de más lejos, pero no había que fiarse.

Al llegar a mi altura (sólo había puesto la segunda marcha), Mireille dio unos toquecitos al freno, decelerando, y por la ventanilla me arrojó el maletín que vino a parar a mis manos.

Me protegí con el árbol y esperé que los otros dos automóviles pasaran de largo. Era muy difícil saber si la seguían o no, pero yo tenía el maletín. Me hubiera gustado más subir al coche y partir con ella. Habría pisado a fondo el acelerador, despistando a cualquier posible seguidor, pero el juego no lo preparaba yo si no ella.

Yo sólo era un simple peón en aquel tablero y Mireille, bueno, ella tampoco era la reina, pues se limitaba a cumplir órdenes.

«¿Qué diablos habrá aquí dentro?», volví a preguntarme.

De pronto oí el estallido de unos cristales. No era cerca de mí, pero lo oí con claridad gracias a que en aquel momento no pasaba ningún coche haciendo ruido con su motor.

Con un movimiento reflejo propio de un felino, me volví hacia el bloque de apartamentos. Era como si lo presintiera, tenía que ser allí...

Le vi caer.

Había salido a través de las ventanas y cayó de cabeza, como si estuviera buceando en el aire. Qué absurdo, pero aquel hombre caía de cabeza, moviendo los brazos.

Unos pocos segundos semejaron una eternidad. El gritó, aunque no mucho. No oí el golpe desde donde estaba.

Que la defenestración de aquel hombre que había saltado al vacío a través de los cristales tenía que ver con el maletín que estaba entre mis manos, era seguro, lo hubiera jurado en aquel mismo momento.

Me puse a correr, tenía que largarme de allí. ¿Quién estaba detrás de todo aquello? No lo sabía. Podían pegarme un par de tiros por la espalda y yo no deseaba recibirlos.

No me gustó estar en el Tchad y juro ante quien haga falta que jamás disparé contra nadie, y tampoco deseaba que nadie me matase a mí. No era miedo, sino simple precaución. Había que escapar. Tenía que defender aquel maletín; sino, ¿para qué puñetas me había contratado el coronel?

Anduve por calles semioscuras, oí músicas que salían de los pubs.

La villa de Sitges era mayor de lo que uno supone al llegar y en época de vacaciones se convierte en un verdadero nidal de turistas que

quieren gozar de la noche lo mismo que del día.

Estoy seguro de que no tomé las calles más correctas porque tardé más de lo previsto en llegar al chalet. Yo no conocía la población, era de noche y nadie me había dado un plano para encontrar rápidamente la calle de la urbanización que yo buscaba.

La puerta del jardín se hallaba abierta. Vi el coche metido en el garaje cuya puerta también estaba abierta. Había luz en el chalet. Me apresuré a cerrar y me dirigí hacia la entrada de la vivienda, abierta a su vez.

Maldije a Mireille por tanto descuido y cerré dando un sonoro portazo.

—¡Mireille!

No obtuve respuesta y volví a llamarla.

—¡Mireille!

Capítulo VI

EN la sala no estaba, pensé que podía estar en el aseo, pero al pasar ante la alcoba la descubrí tendida junto a la cama, vestida con su pantalón naranja y la amplia blusa veraniega. La linda peluca de cabello azabache estaba a un paso de ella.

Mireille mostraba un cabello castaño y cortito sobre el que debía ir cambiando sus pelucas. Por su posición, temí lo peor. No cabía duda de que cuando menos un brazo y una pierna los tenía tan rotos como los de un muñeco sobre el cual han pasado las ruedas de un automóvil que no fuera de juguete.

Te juro, te lo juro por mi alma si es que la tengo, que fue horrible. Le habían reventado un ojo, aún salía sangre de él.

—¡Malditos, malditos, malditos! —rugí.

Estaba muerta.

El otro ojo se hallaba abierto, mirando a la eternidad. Habían utilizado las letíferas porras para darle una paliza mucho peor que la que yo había recibido.

Había visto algunos muertos en Africa. No soy especialmente morbosos, pero a cualquiera se le hubieran revuelto las tripas al ver el cadáver de Mireille.

Su mandíbula estaba visiblemente rota. También le habían hundido la nariz de uno de los terribles porrazos. Aquello ni siquiera podía llamarse paliza, se habían ensañado con ella rompiéndola, destrozándola.

La sangre goteaba lentamente del cuerpo sin vida de la que había sido una bellísima mujer.

Yo había llegado unos minutos tarde. Quizá, si no me hubiera extraviado por las calles de la villa turística, hubiese llegado a tiempo; pero ¿de qué servía ya lamentarse?

Habían matado a Mireille y el hecho no tenía remedio.

Volví a mirar la peluca. Algo más lejos estaban las gafas de sol rotas, unas gafas que Mireille utilizaba por precaución aunque fuera de noche.

Comprendí que había metido las narices en el sórdido mundo del espionaje y la próxima víctima podía ser yo. Tenía el codiciado maletín en mi mano. Si Mireille había muerto por él, yo tenía que llevarlo a su destino, devolverlo a manos del coronel. Después, cuando tuviera al

coronel Lamoire frente a mi cara, le inquiriría, sí, le inquiriría porque ya no era mi superior, y aunque lo fuera, diablos, aunque lo fuera, lo cogería por la garganta para preguntarle:

«¿Ha valido la pena que muriera Mireille por este cochino maletín?»

Como nada podía hacer por un cadáver que tenía varios huesos rotos, un cadáver que había dejado de ser hermoso y que lo sería menos al paso de las horas y más de los días, decidí evaporarme.

Si la policía española me atrapaba en el chalet, me cargarían la muerte de Mireille y aunque se demostrara que no había sido yo, podía pasarme mucho tiempo ocupando una celda en alguna cárcel desconocida.

Pensé en las huellas, era imposible borrarlas todas. Yo ya no podía acordarme de lo que había tocado o no. Después de todo, mis huellas no estarían en ningún archivo.

A estas conclusiones llegué en pocos instantes. Me dio la impresión de que había pasado horas contemplando el cadáver de Mireille; sin embargo, sólo estuve segundos.

Quitó la electricidad y cerré la puerta. Cuanto más se tardara en descubrir el cadáver, mejor para mí. La desagradable emoción de haber descubierto a Mireille muerta no debía nublarle la razón.

Fui hasta el Alfa-Romeo sujetando con fuerza el maletín. Si me disparaban y el maletín estallaba por lo menos tendría la seguridad de que no iba a enterarme de nada.

Si el explosivo resultaba tan efectivo como dijera el coronel, me iría a la eternidad en un instante, sin dolor y sin que nadie tuviera que preocuparse de mis restos mortales, porque muy poco iba a quedar de ellos.

Puse marcha atrás, los pilotos traseros se encendieron.

Salí del chalet y volví a apearme del coche, tomando antes la pistola de la guantera. Si alguien quería atacarme, le recibiría a tiros.

Cerré la puerta del garaje y luego la de la entrada al jardín. La casa quedó en sombras. La noche seguía siendo joven.

Posé mis ojos en el maletín negro. Tenía el «cero» escrito con tiza. Lo puse a mi lado en el asiento que debiera ocupar Mireille e inicié la marcha.

Debía regresar a París. Si los asesinos habían intentado apoderarse del maletín, no iban a conseguir sus propósitos.

Circulé quizá demasiado rápido por las calles de la villa turística.

Vi el letrero que indicaba la ruta para llegar al Gran Casino que distaba unos pocos kilómetros de Sitges. No era la ruleta lo que me atraía en aquellos momentos.

—Hijo de perra, sal de la carretera y pisa el freno.

Las palabras se metieron en mi cráneo por el oído derecho. La boca

que acababa de pronunciarlas estaba muy cerca de mi oreja. Noté en mi occipucio algo duro y al mirar por el retrovisor pude ver una pistola que me estaba apuntando.

Y tras la pistola, aquella maldita mujer que yo había gozado al principio en contra de su voluntad.

—Maldita seas, zorra.

—¡Frena o te mato!

—¡Moriremos los dos! —advertí.

Aquella Elisa parecía tener más cojones que un caballo.

—Me da lo mismo reventar ahora, de modo que frena o nos vamos los dos al carajo.

La amenaza era clara, rotunda. ¿Qué habrías hecho tú en mi lugar?

Salí de la carretera. Puse el freno, quité la marcha, pero ella exigió todavía más.

—Quita el contacto.

Moví la llave y el coche quedó silenciado.

—¿Y ahora qué? ¿Vas a meterme una bala en la sesera?

En las películas que yo he visto, el chico siempre le quita la pistola a la chica o a la chica «mala», pero eso es película. Yo no podía hacer tonterías con una pistola apuntándome al cráneo. Bastaba una presión del dedo sobre el gatillo para que yo me fuera a hacer compañía a Mireille, y me daba la impresión de que Elisa era una profesional en el mundo de la intriga, las palizas y las muertes.

—¿Vas a matarme?

—Debería volarte la cabeza por idiota —me dijo, con voz irritada.

Aquellas palabras me hicieron pensar que todavía me quedaban posibilidades de vivir.

De querer matarme, yo ya estaría agujereado.

—De modo que tú has matado a Mireille —dije, mordiendo las palabras pero sin moverme, mirándola a través del espejo retrovisor.

—¿Yo? ¿Estás loco?

—¿Loco? Eres una maldita zorra. Ya me imagino que tú no la has matado a porrazos, destrozándole la cara, partiéndole los huesos, pero si han sido tus compinches.

—¿Mis compinches, qué compinches?

—¿Te haces la tonta encima?

—Yo no sé nada de la muerte de Mireille.

—¿Que no sabes nada? —me irrité, quizá más que eso, entré en cólera.

Quise volverme, pero ella me metió el cañón de la pistola dentro de la oreja.

—Si vuelves a moverte, te mato, juro que te mato.

—Si quieres matarme, será mejor que te asegures bien, porque si me queda un hálito de vida te destrozaré con mis manos.

—Eres un mal nacido, Jean-Marc, me violaste. ¿O es que ya no te acuerdas?

—A mí me dio la impresión de que te gustaba —repliqué.

—Te odio, maldito Jean-Marc —me escupió entre sus bonitos dientes, dientes que relucían en la penumbra de una noche con luna llena.

—Te logré un orgasmo y tú, en cambio, me enviaste a un par de matones para que me dieran la peor paliza de mi vida.

—Eso no es cierto, yo no te mandé a nadie.

—Mientes.

—Piensa lo que quieras. Yo no mandé a nadie, aunque debería haberlo hecho porque abusaste de tu fuerza bruta de macho. Malditos hombres.

No entendía bien a Elisa, pero me pareció que hablaba con sinceridad. De todos modos, no tenía más remedio que creermelo todo lo que me decía porque el cañón de la pistola estaba en mi oreja y ella tenía el dedo en el gatillo.

—Entonces, ¿quiénes eran los encapuchados?

—Posiblemente uno sería Ciril.

—¿Y quién es Ciril?

—Otro mal nacido como tú —silabeó, dispuesta a no dejarse ablandar. Ella ya tenía experiencia en el trato conmigo y sabía que corría el riesgo de ser gozada de nuevo por mí.

—Eso no es decir mucho—repliqué.

—No perdamos más tiempo, el maletín.

—Aquí está. —Señalé el asiento contiguo al mío.

—Ábrelo.

Tragué saliva.

Jamás me había pasado por la mente la idea del suicidio. Opinaba que había que tener muchos «huevos» para hacerse el harakiri, claro que pasar de la vida a la nada en una fuerte explosión no era tan doloroso como abrirse el vientre y sacarse las tripas al estilo de los samuráis.

—Yo no sé si te han informado bien, guapa, pero este maletín está repleto de explosivos. Si se intenta abrir, estallará y los dos iremos juntitos a mejor vida.

—Te he dicho que abras el maletín, o te vas al infierno con una bala en los sesos.

Vi sus ojos a través del retrovisor, me parecieron decididos a cumplir su amenaza.

No sé por qué razón en las películas a las mujeres siempre las ponen

blandengues, y en el último momento nunca cumplen sus amenazas de muerte, pero en la vida real, ellas son las que hunden el cuchillo en las gargantas de conejos y pollos, la sangre no debe asustarlas tanto como cuentan.

—Lo siento, querida, pero ya no es el miedo lo que me impide abrir el maletín, sino que no tengo la llave, así de simple. Si te empeñas en que los dos vayamos al infierno, ábrelo tú misma

—Si crees que las mujeres somos más tontas, te equivocas, Jean-Marc. Me he escondido dentro de tu coche filtran dome como una gata cuando tú estabas de espaldas. Me he arriesgado a que me descubrieran y ahora no voy a volverme atrás.

Dejó caer a mi lado una navaja abierta. La hoja no era muy larga, pero pereda gruesa y resistente.

—¿Por qué no me matas ya y lo abres tú misma? —pregunté.

—Te mataré si me obligas. No soy la típica chica tonta, estoy preparada para cualquier ataque. Si estás pensando que puedes utilizar la navaja en mi contra, cometerás el mayor error de tu vida.

Volví a mirar a sus ojos a través del espejo retrovisor. Eran maravillosos, pero estaban dispuestos a todo.

Capítulo VII

—**V**AMOS a morir los dos —advertí por última vez mientras cogía la navaja con cuidado para que ella no presionara su bonito dedo sobre el gatillo de la pistola.

Con descarnada claridad me dijo:

—Dicen que a los hombres que tienen miedo les sudan los huevos. ¿Te ocurre eso a ti ahora?

—He llegado a la conclusión de que no eres una gata ni una zorra, eres una pantera, y si te has empeñado en morir, no te voy a privar de ese placer. Sé que el maletín contiene explosivos que garantizan que nadie se lleve su contenido, salvo que tenga la llave precisa y sepa cómo manejarla. Yo, por supuesto, no lo sé ni tengo la llave, pero voy a satisfacer tu capricho.

Me sentí como el jugador que pone toda su fortuna en la ruleta, negro o rojo. Yo ponía mi vida sobre el tapete.

Hundí el acero junto a la cerradura de la izquierda. Forcejeé con ella y no sentí que sudara más de lo normal.

Clic.

Contuve la respiración.

Una de las cerraduras acababa de saltar.

—La otra —exigió Elisa.

Respiré hondo. Si en alguna ocasión se te ocurre la barbaridad de jugar a la ruleta rusa y tienes suerte y en la primera ocasión que apuntas a tu sien con la pistola y aprietas el gatillo, no sale bala alguna, te darás cuenta de que cuando te toque repetir el intento, tendrás más miedo aún porque habrás cobrado conciencia de que tus posibilidades de tener suerte serán ya muchísimas menos.

—Al diablo el maletín, la vida y el coronel —dije.

Clic.

—Levanta la tapa —exigió Elisa sin dejar de apuntarme a la oreja.

Yo miraba incrédulo las dos cerraduras. Estaban forzadas y nada había sucedido. Los ojos de Elisa seguían observándome muy atentamente, no había temor en ellos.

Me pregunté si el hombre que había visto volar por la ventana y luego caer sobre los jardines del bloque de apartamentos, habría quitado el resorte que debía hacer estallar los explosivos. También me pregunté

si realmente estaba vivo. Una explosión potente y súbita podía enviarme al otro mundo sin tiempo para darme cuenta de ello.

—Levanta la tapa —repitió Elisa.

Alcé la tapa del maletín Sólo teníamos la luz del plenilunio, pero era suficiente.

Elisa se rió levemente junto a mi oído.

—Revistas —dije. Las moví y añadí—: Revistas porno.

—Revistas de maricones —puntualizó ella sin ambages.

Tuve que darle la razón, eran revistas de homosexuales, nos habían tomado el pelo. Me hubiera puesto a reír a carcajadas si Mireille no hubiese muerto por aquel maldito montón de revistas «gay». Qué cruel era el destino.

—¿Lo sabías? —pregunté, profundamente decepcionado.

—Digamos que lo sospechaba.

—Todo esto es una burla cruel.

—Si sigues trabajando para el coronel te darás cuenta de que en este mundillo las sorpresas son parte habitual del juego y muchas veces resultan muy desagradables. Busqué de nuevo sus ojos a través del espejo retrovisor. Ya no me apuntaba con la pistola y se hallaba cómodamente sentada en el asiento posterior.

Me volví.

—Y tú, ¿quién diablos eres, qué papel juegas en todo esto?

—Soy Elisa, ya te lo dije. Espero que no te portes como un tonto y empieces a hacer preguntas inoportunas. Me obligarías a mentirte y no tengo deseos de hacerlo.

—¿Eres una espía? —le pregunté directamente.

—He dicho que no te responderé. —Sonreía, muy segura de sí.

Imaginé que, si insistía, ella podía soltarme cualquier embuste.

—De modo que tú opinas que han hecho un cambiazco con el maletín.

—Exacto, y tú tenías que llevarlo a París sin abrir.

—¿Ciril?

—Seguro.

—¿V quién diablos es Ciril?

—Un hijo de perra.

—Lo presupongo, pero como dato no es suficiente para mí.

—Yo voy a buscar a Ciril. ¿Quieres colaborar conmigo?

—¿Me estás pidiendo ayuda?

—Tú has dicho que ellos eran dos, ¿no es eso?

—Sí. —Pensé en el desgraciado que había salido volando por la ventana.

—¿Vas a dejar que yo sola me enfrente a ellos?

—¿Qué posibilidades tienes de encontrar a ese Ciril y a su

compinche?

—No muchas; sin embargo, lo intentaré. Es un cerdo, astuto como un zorro, pero a los zorros también se les mata.

—Por supuesto que quiero encontrar al tipo que ha asesinado a Mireille y que me ha dado el cambiao a mí para que quedara como un idiota. Menudo papelón me ha tocado hacer. «Oiga, coronel —dije, actuando como si ya estuviera en París—, aquí tiene su maletín. Lo siento por Mireille porque la han matado a porrazos.» Y le endoso el maletín lleno de revistas de maricones como tú dices. No tengo nada contra los «gays», que cada cual viva su vida, pero yo prefiero las revistas de chicas en cueros.

—¿Colaboras conmigo o no?

—Elisa, podría explicarte cualquier historia, engañarte para luego marcharme a cualquier país con este coche. A mí no me espera nadie en parte alguna, supongo que por eso me contrató el coronel, pero voy a ser franco contigo —fe dije mientras seguíamos iluminados por la luna, estacionados en el arcén de la carretera por la que circulaban coches en ambas direcciones, automóviles que posiblemente iban y venían del Gran Casino de Barcelona en San Pedro de Ribas.

Las revistas seguían junto a mí y dejé caer la tapa del maletín para no verlas. El cuerpo de Mireille aún debía de estar caliente sobre el suelo del chalet en Sitges.

—Quiero saber antes lo que contiene el maletín, pero no éste, por supuesto, sino el otro.

—¿Por qué me lo preguntas a mí?

—Porque tú lo sabes.

—¿Y si no lo supiera? —interrogó con mucha tranquilidad.

—En ese caso, me olvidaría de todo, me marcharía y dejaría este sucio mundo para vosotros.

—Podría matarte ahora mismo si quisiera.

—No lo harás, no tienes motivos para hacerlo. Ni siquiera sé nada que pueda ir contando por ahí.

—Está bien, Jean-Marc, voy a decirte lo que contiene el maletín.

Me dispuse a escuchar, había llegado el gran momento, al fin sabría por qué había muerto Mireille.

—Dos millones de dólares —dijo Elisa lentamente para que sus palabras no fueran confundidas.

Silbé con admiración.

—Dos millones son un buen motivo para matar, para los que son codiciosos y asesinos, claro.

—Hay más gente de la que tú supones que mataría por esos dos millones de dólares, sólo que no tiene siquiera la oportunidad de matar para conseguirlos. Ciril sí la ha tenido y la ha aprovechado.

—Yo he visto volar a un hombre, es decir, lo he visto defenestrarse.
¿Él tenía que recibir ese dinero?

—¿Dices que lo has visto caer por la ventana?

—Sí.

—Ciril ha hecho un buen trabajo, en su propio beneficio, claro. Mireille había de poner el maletín en manos de ese hombre que debía tener la llave especial para abrirlo y recogería los dos millones.

—¿Y qué dejaría a cambio?

—Planos.

—¿Planos, robados al ejército francés?

—Planos robados a la industria de armamento francesa. Por supuesto, se trataba de proyectos secretos de alta tecnología.

—¿Ese tipo era ruso?

—No digas tonterías, el tipo muerto era un italiano. Ofreció devolver los planos a cambio de dos millones de dólares.

—¿Trabajaba por libre?

—Eso parece.

—¿Y si no le pagabais?

—Los hubiera ofrecido a yanquis y soviéticos en una subasta al mejor postor. A los americanos les molestan los éxitos que Francia obtiene en cuestión de armamento sofisticado, y los soviéticos también comprarían los planos.

—Y el coronel decidió pagar.

—Eso es. Lo malo es que Ciril se ha llevado los dos millones de dólares, que no de francos, pues así los exigió el maldito espía que logró robar los planos de la fábrica de armamentos.

—Y por lo que deduzco, además de los dos millones de dólares, se habrá quedado también con los planos al asesinar al espía por cuenta propia.

—Es muy posible, pero eso no lo sabremos hasta que demos con Ciril.

—¿Y qué hará él con los planos robados, los ofrecerá de nuevo al coronel, lo que ya sería un sarcasmo, o buscará al mejor postor entre yanquis y soviéticos?

—Cuando localicemos a Ciril, puede que él nos lo diga.

—Ese Ciril ya me cae bastante mal, Elisa, estoy contigo.

—Es posible que Ciril nos mate —me advirtió con frialdad.

—Cuento con ello. En pocas horas creo que ya me he convertido en un veterano en este asunto de espionajes. No será tan fácil que vuelvan a sorprenderme.

—Ciril es muy listo y lleva tiempo en estos asuntos. Conoce todas las conexiones del coronel.

—De modo que el coronel confiaba en el tal Ciril y le ha salido rana.

—Dos millones de dólares han excitado su codicia. Hay un montón de países en América Central o del Sur que le recibirían con los brazos abiertos, y también en África o Asia.

—Yo creí que esto sólo pasaba en las películas —confesé.

—Pues ya ves, Jean-Marc, en la realidad también ocurre.

Puse gravedad en mi voz al preguntar:

—¿Mireille era compañera tuya?

—¿De qué sirve que te responda? Si quieres seguir adelante en este mundo del espionaje y el contraespionaje no debes hacer tantas preguntas y endurecer tu corazón. La muerte es cosa habitual entre nosotros. Cuando a un espía o contraespía se le detiene públicamente, puede decirse que ha salvado la vida. Le espera un calvario de interrogatorios, pero nadie lo va a matar, porque nadie quiere represalias del mismo estilo. Los espías mueren oscuramente, una extraña y rápida enfermedad, un accidente de circulación, el incendio de un hotel o el hundimiento de algún barco transbordador. Siempre se busca la forma de que muera sin llamar la atención.

—¿Y cuando la policía encuentre el cadáver de Mireille?

Elisa se encogió de hombros.

—Brutal asalto a una turista extranjera en la soledad de su chalet.

—Pero no la han violado.

—No pocos violadores son unos impotentes que jamás llegan a consumir lo que desean. No cabía duda de que Elisa era una mujer extraordinaria, me estaba dando lecciones de un mundo que, obviamente, conocía mejor que yo.

Tendría que ponerme a su altura para poder ir junto a ella. Me gustaba, pero deseché cualquier relación amorosa por aquella noche. La muerte de Mireille estaba demasiado reciente.

—¿Qué piensas? —me preguntó, como si leyera en mi mente.

—Que me gustas.

—Eso ya me lo demostraste.

—También me gustaba Mireille.

—Lo imagino, era muy hermosa.

—Ya no sirve de nada lamentarse, ha muerto y hay que olvidarla, pero yo no lo conseguiré hasta que le haga pagar a Ciril su horrible crimen.

—Cuando sale un traidor es más peligroso que un enemigo, porque te sorprende por la espalda.

—¿Cómo es ese Ciril? Tú lo conoces, ¿verdad?

—Sí.

—¿Te conoce él a ti?

—Sí, y a ti también si te dio de golpes como me has contado.

—¿Cómo diablos es? Yo le vi encapuchado.

—Es alto, fuerte, atlético, cinturón negro en judo y karate, también ha practicado otras artes marciales.

—Eso explica su hábil y metódico manejo de la porra.

—Va bien rasurado y tiene un rostro muy frío, pero ahora puede llevar bigote o barba. No olvides que los bigotes y barbas se pueden colocar postizos con mucha rapidez.

—No puede estar lejos, pero si tiene un buen coche y ha huido...

—Ciril conoce las conexiones del coronel y también sabe que se le buscará por lo que ha hecho. ¿Qué harías tú en su lugar?

—Permanecer escondido durante un tiempo hasta que viajar no resultara peligroso. —Exacto. Ahora se pueden vigilar trenes, aviones o barcos con cierta facilidad, pero no se puede mantener una vigilancia exhaustiva durante mucho tiempo y Ciril lo sabe. —Entonces, ¿piensas que Ciril se ha escondido en Sitges o en sus alrededores?

—Es lo más probable. Yo tengo algunas ventajas sobre Ciril.

—¿Cuáles? —pregunté.

—Sé cómo es y qué coche lleva.

—No es mucho. El coche se cambia con facilidad y más si se dispone de dos millones de dólares.

—Ahora ya lo sabes todo, Jean-Marc. ¿Dispuesto a encontrar a Ciril para que pague lo que ha hecho?

—Sí, dispuesto, pero ¿puedo hacer una última pregunta?

—Está bien, sacia tu curiosidad.

—¿Qué sucederá con Ciril cuando lo encontremos?

Ella me mostró la pistola, la balanceó en el aire y sentenció:

—Eso será cosa mía. Ciril no volverá jamás a París.

¿Sería capaz aquella bellísima mujer de convertirse en verdugo, ejecutando a sangre fría?

Capítulo VIII

DIMOS unas vueltas por la villa de Sitges, como si hubiéramos salido de una discoteca con excesivo alcohol en la sangre.

—Hay tanto coche que es como buscar una aguja en un pajar.

—Sí, ya lo sé, pero después de todo, no es un coche vulgar, es un Mercedes-Benz azul oscuro con matrícula de París.

—Si es lo que yo pienso, se me ha ocurrido una idea mucho mejor.

—¿Cuál?

Acceleré, cambié la marcha, solté el embrague y le di más gas al motor que rugió escapando de las estrechas calles de la población.

—¿Adónde vamos? —quiso saber Elisa.

—A la autopista —dije.

—¿A la autopista? —repitió, en tono de pregunta—. Si él debe andar por aquí.

—Ya te contaré.

Rodamos unos cuantos kilómetros por una carretera que me pareció estrecha hasta que nos metimos en la autopista del Mediterráneo.

—¿Estás loco? Por aquí vamos a Barcelona.

Por suerte, a aquella alta hora de la madrugada apenas había circulación. Busqué en el margen que separaba los carriles de direcciones opuestas y cuando creí que podía arriesgarme, cometí la temeridad de saltar al otro lado por encima de unos setos. Tuve tiempo de hacer un giro brusco y un automóvil, a gran velocidad, nos pasó rozando. Elisa ahogó un grito y luego tragó saliva.

—Creí que nos matábamos.

—Yo también —le confesé—, pero era necesario hacerlo. Ahora nos detendremos en el arcén y a esperar.

—¿A esperar qué, que venga la policía?

—Mira, ahí hay un llamador de emergencias.

Frené el coche, me apeé y pulsé el llamador que advertía de averías en el coche. Regresé junto a Elisa y le dije:

—Ahora a esperar.

—No entiendo nada. ¿Seguro que no has bebido demasiado?

—Cuando venía en esta dirección, acompañado de Mireille, nos seguía un coche. Lo más probable es que fuera Ciril, aunque no conseguí

verlo bien.

—¿Y qué?

—Le hice varios disparos y le di. Tuvo que pararse por aquí y pedir que lo remolcaran. Mira, ahí llega nuestro salvador...

Un vehículo-grúa aminoró la marcha y se estacionó en el arcén, delante de nosotros. Al poco, descendía el conductor. Yo hice lo propio y me acerqué a él con mi mejor sonrisa. —Buenas noches.

—¿Avería?

—No.

—¿No? —frunció el ceño—. Ustedes han llamado.

Le mostré unos billetes al tiempo que le hacía una señal a Elisa para que se nos acercara. Ella hablaba español mejor que yo.

La visión de los billetes tranquilizó al «cazador» de coches con problemas.

—Buenas noches —saludó Elisa. Y me miró, esperando que yo dijera algo.

—Hace dos noches un amigo mío tuvo una avería aquí. Lo hemos perdido y le estamos buscando.

—Uf —se lamentó el hombre del remolcador cuando Elisa le hubo explicado de la mejor manera posible lo que queríamos saber.

—Nuestro amigo —dijo Elisa—llevaba un Mercedes-Benz azul oscuro, con matrícula de París.

—Ah, sí, ya recuerdo, lo remolqué yo.

Elisa y yo sonreímos felices. Ya teníamos el cabo de una pista.

Le pasé varios billetes de a mil pesetas al tiempo que le pedía:

—Llévenos adonde está nuestro amigo.

—Yo quería remolcarle hasta un centro oficial Mercedes, pero él se negó, dijo que tenía prisa. La verdad es que no nos entendíamos bien, yo no sé francés; pero síganme, les llevaré al taller, aunque ahora lo encontraran cerrado.

—No importa, no importa —dije.

Regresamos al interior del Alfa-Romeo y seguimos al vehículo remolcador que también se puso en marcha.

—Has tenido una buena idea, Jean-Marc, vas mejorando.

—Lo que hace falta es que el coche todavía esté en el taller.

—Eso depende del estropicio que le hicieras con tu pistola.

Salimos de nuevo de la autopista, ahora ya teníamos un objetivo, no estábamos buscando al azar.

Rodamos por la carretera que ya conocíamos bien y a las afueras de Sitges, en dirección a Vilanova y la Geltrú donde había varias edificaciones sórdidas y viejas, nos detuvimos. —Ese es el taller.

El hombre de la grúa señaló un lugar donde había varios coches a la

vista, vehículos que se adivinaban rotos, averiados, algunos de ellos oxidados y que quizá servían para el trasplante de piezas.

—Gracias, gracias, esperaremos.

El remolcador se fue. Faltaban ya pocas horas para que saliera el sol.

Había sido una noche muy movida y para mí, ya parecía lejana, muy lejana, la visión del hombre cayendo por una ventana en busca de la muerte e incluso el terrible fin de Mireille.

Estaba viviendo una auténtica vorágine que me había hecho olvidar incluso los golpes que aún podían verse por todo mi cuerpo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Elisa.

—Voy a ver si el coche está dentro del taller.

Traté de abrir la puerta, pero fue inútil, estaba bien cerrada y era de hierro.

Rodeé la edificación y encontré unos ventanales altos. Trepé sobre un tonel y logré alcanzar con los ojos los ventanales cuyos cristales estaban muy sucios. Me había acostumbrado ya a la oscuridad, pero no conseguí ver nada, por lo que retomé al coche y lo encaré hacia la puerta.

Encendí los faros, algo de luz se filtraría por las rendijas y los cristales altos.

—¿Has visto algo?

—Aún no, voy a intentarlo de nuevo.

Me llevé una alegría. Allí estaba el coche que buscábamos y lo estaban reparando, porque el capó permanecía abierto. Abandoné mi lugar de observación y regresé al Alfa Romeo.

—Está dentro.

—Magnífico, ahora sólo hay que esperar que Ciril venga a recogerlo —dijo Elisa.

—Un coche de esa categoría nadie lo lleva a un taller de mala muerte como éste. Si le sucede algo se le traslada a un centro oficial Mercedes-Benz y asunto resuelto. Si Ciril lo ha traído aquí es porque no ha querido que se dé parte a la policía, pues la avería no es otra cosa que agujeros de bala. Supongo que el dueño del taller ira a comprar un radiador nuevo, o si es un desaprensivo que quiere ganar más dinero, lo comprará a algún ladrón que puede robarlo de algún coche estacionado en la vía pública. Hasta es posible que luego cambien el color de la carrocería.

—No perdamos de vista este lugar —dijo Elisa.

—Fíjate, allí, a unos cien metros, hay una fonda. ¿Qué te parece si tomamos una habitación para los dos?

—De acuerdo —aceptó, y hacia allí nos fuimos.

En la fonda parecía estar todo ocupado. Nos dijeron que volviéramos al cabo de unas horas, pero unos billetes por adelantado solventaron los

problemas.

—Una habitación que dé a la calle —pidió Elisa.

Obtuvimos nuestra ventana dando a la calle que en realidad era una carretera y escondimos el coche detrás de la fonda para que no fuera visto.

—Desde aquí se ve el taller, aunque algo lejos —opinó Elisa.

—Mañana iremos al centro de la ciudad y compraremos unos prismáticos para observar mejor. Nos turnaremos. Ciril no debe escapársenos, es un asesino.

—Y un traidor. Ahora tiene los dos millones de dólares en su poder y quizá también los planos robados a la industria bélica francesa.

—Lo que puede significar un par de millones más, ese tipo sabe lo que se hace.

Elisa ciñó mi cintura.

Yo deseaba amarla, gozar del placer de hacer el amor con ella, pero la muerte de Mireille era demasiado reciente, su cadáver debía seguir enfriándose en la soledad del chalet. —No, ahora no es el momento —dije.

Me acarició la espalda con sus manos y luego se acostó mientras yo montaba guardia junto a la ventana.

Pasaron las horas.

Elisa despertó y me dijo que descansara yo; le respondí que iba a salir a desayunar y a comprar los prismáticos.

Cuando regresé con los prismáticos, ella los probó y me dijo que eran estupendos y que podían verse las puertas del taller de reparaciones, las cuales permanecían excesivamente cerradas, quizá por precaución.

El propietario del taller debía estar pensando en sacarle un buen pellizco a Ciril por el arreglo clandestino de aquel Mercedes que dentro de la gama no era el más barato.

Me dormí y Elisa siguió vigilando. Pasó la tarde, nos turnamos para cenar y llegó la noche.

Me extrañó ver luz en el taller. Vi llegar Un coche español que no parecía muy nuevo precisamente. Lo vigilé y vi descender a un hombre después de estacionarlo junto a otros vehículos que allí había, como esperando una reparación.

Me precio de ser un buen fisonomista y le reconocí de inmediato. Aquel hombre era el mismo que en París me había entregado el Alfa Romeo. Sí, no cabía duda, era él, ahora ya sabía quién era Ciril.

—¡Elisa, Elisa! —la llamé zarandeándola.

—Hum, ¿qué pasa?

—¡Ha llegado Ciril!

Con los senos y los muslos al descubierto, Elisa saltó de la cama. Me arrebató los prismáticos y los enfocó hacia la puerta del taller.

—No lo veo.

—Ya está dentro. Seguro que ha venido a recoger el Mercedes y lo hace de noche para no llamar la atención.

—Pues, ¿a qué esperamos? ¡A por nuestro coche, no se nos puede escapar ahora que lo hemos localizado!

Abandonamos la habitación como si Elisa estuviera casada y acabara de entrar su marido en la fonda. Mientras bajábamos las escaleras, ella se iba abrochando las ropas.

Fui a por el coche mientras Elisa, con los prismáticos, vigilaba la puerta del taller de reparaciones, puerta que al fin se abrió y apareció el Mercedes-Benz.

—¡Es amarillo! —exclamó perpleja.

Capítulo IX

CON las luces apagadas y exponiéndonos a una posible colisión, iniciamos el seguimiento a distancia del Mercedes—Benz que había cambiado de color.

—¿Estás seguro de que era Ciril? —inquirió Elisa a mi lado, visiblemente nerviosa.

—Sí, seguro; es el tipo que me facilitó este coche, que no entiendo cómo se puso a mi nombre con tanta generosidad.

—Porque posiblemente sea un coche robado.

—¿Qué...? —exclamé.

Salimos a la carretera en dirección sur y hubimos de encender las luces, pero me mantuve a mucha distancia de Ciril.

—Se nos puede perder.

—Será peor si sospecha.

De pronto, Ciril puso los intermitentes de la izquierda. Cruzó la carretera y se introdujo en un camping. Nosotros pasamos de largo, pero algo más lejos de un kilómetro, frené, dejando las luces encendidas para no ser arrollado.

—Un camping —comentó Elisa, pensativa.

Nosotros no podíamos encontrarlo en la villa ni en las colindantes mientras él se escondía en un camping.

Puede pasarse un mes aquí dentro tomando baños de mar y sol sin que nadie le localice. —Ha sido astuto Ciril, muy astuto —comentó Elisa —Dentro de un camping, jamás se me hubiera ocurrido buscarlo.

—Ha encontrado la forma de desaparecer sin llamar la atención. Puede pasarse un tiempo aquí hasta que todo se haya calmado y crea que pueda marcharse a otro país. Mete su coche en un barco y se larga a otro continente. Con dos millones de dólares y a bordo de un coche como ése, puede reírse del mundo —opiné.

—Es posible que hasta cambie las placas de la matrícula, le hacía falta un coche para tener capacidad de movimiento sin necesidad de usar aeropuertos o estaciones de tren o marítimas y ha preferido conservar el suyo.

—Sí, pero explícame mejor eso de que llevo un coche robado.

—No te lo puedo asegurar, pero es muy posible que este coche sea robado y toda la documentación, falsa.

—Pero, ¿por qué hacerme esta marranada a mí?

—Porque si tienes un accidente o te sucede cualquier cosa, tú pasarías por ser tan sólo un ladrón de coches internacional, porque este coche puede haber sido robado en Italia.

—No me digas. ¿Y a esto no le puedo llamar una putada? —pregunté sonriendo sarcástico para no rugir de rabia.

—En este mundo del espionaje, se toman muchas precauciones, querido —me dijo con mucha naturalidad, tanta que no sabía si echarme a llorar.

Ahora resultaba que yo podía ser encerrado por ladrón de coches y falsificador de documentos y yo, imbécil de mí, viajando por el mundo tan tranquilo y pensando que la gente era maravillosa al poner en mis manos un coche semejante.

—Cuando vea al coronel, le voy a partir la boca.

—¿Por qué?

—¿Encima preguntas por qué? Que me contrataran para acompañar a Mireille en un asunto muy oscuro, tiene su lógica, pero que me den un coche robado haciéndome creer que es mío, para luego poderme echar el guante en la frontera y encerrarme por unos años, eso no me gusta nada, absolutamente nada.

—Es posible que el coronel ni lo sepa, eso puede ser un asunto del propio Ciril.

—Pues lo tenía bien fácil ese cabrón. Con acercarse a un teléfono y hacer una llamada a la policía local, a mí me detendrían a los pocos minutos y sería muy difícil explicar una verdad que nadie iba a creer.

—Es lo que ocurre siempre en estos casos, nadie se cree que vayas haciendo de James Bond por la vida.

—Y deduzco que el coronel negaría toda relación conmigo.

—Naturalmente. Quizá el coronel esté ahora en el Nepal o en el Canadá, quién sabe.

—Elisa —suspiré—, no entiendo cómo puedes vivir en una jungla de fieras de esta clase.

—Quizá lo deje pronto. En esta clase de negocios de espías sólo llegan a viejos los tipos como el coronel.

—Claro, como que el trabajo siempre lo hacen otros por él; como ahora que Ciril es un traidor y un asesino que además se ha llevado dos millones de dólares, tenemos que ajustarle las cuentas nosotros mientras el coronel Lamoire se mantiene al margen.

—No lo juzgues tan mal, él también hace su parte.

—¿Qué parte, la de comerse la mejor tajada de la tarta y dejar el resto envenenado para los imbéciles como tú, como yo o como la desgraciada Mireille que murió asesinada a porrazos?

—Esas cosas ocurren, Jean-Marc. Los que estamos metidos en este

trabajo nos movemos siempre en una especie de guerra sorda, ya te lo dije.

—Cuando tenga a Ciril contra las cuerdas le daré la mayor paliza de su vida y luego arrojaré la toalla. Ah, y por supuesto, dejaré este coche abandonado borrando todas mis posibles huellas dactilares y quemando la documentación falsa.

—Tomar precauciones siempre es bueno, querido. Y, ahora, salgamos de aquí.

—Será lo mejor, mañana sorprenderemos a Ciril en el camping.

—Yo entraría ahora en el camping.

—Debe haber un guarda, no nos dejará pasar.

—Ya lo veremos.

Di la vuelta al coche y rodando despacio fui a buscar el camping.

Enfilé hacia su entrada. Una barrera pintada a franjas blancas y rojas nos cortaba el paso.

Tal como esperábamos el guarda se nos acercó.

—¿Ustedes tienen plaza?

—*Roulotte mon ami* —dijo Elisa, sonriendo plácidamente.

—Todo completo —dijo el guarda.

—*Roulotte mon ami* —insistió la joven.

—Parking a la derecha —nos señaló.

Seguimos sus indicaciones. Estacionamos el coche en un área de aparcamiento donde había tres o cuatro docenas más de coches. Luego lo abandonamos y Elisa me preguntó:

—¿Qué hacemos ahora?

—Buscar a Ciril.

—Está en el camping, de acuerdo, pero esto es una verdadera ciudad de tiendas de campaña y roulottes y todos están durmiendo.

—No vamos a llamar puerta por puerta. Además, si diéramos con el lugar donde se esconde Ciril en estos momentos debe haberse puesto en guardia.

—Primero veamos dónde está su refugio y mañana trataremos de sorprenderlo.

—Si hemos de pasear, cojámonos de la mano y no llamaremos la atención —propuso Elisa.

Cogidos de la mano como una pareja de amantes en la noche, empezamos a recorrer las calles del camping, tiendas y roulottes a derecha e izquierda. Ronquidos, quejas de niños pidiendo agua, hombres reunidos en torno a una mesa jugando a las cartas, gruesos insectos zumbando alrededor de las bombillas y gemidos de placer incontrolados.

—Mira, el Mercedes-Benz está junto a aquella roulotte y hay luz dentro —indicó Elisa. —El coche no es amarillo sino beige —opiné,

irónico—. Le ha quedado elegante, aunque la pintura, teniendo en cuenta qué taller lo ha pintado, no puede ser muy buena. —Para camuflarse, sirve —replicó Elisa, y después preguntó—: ¿Qué hacemos ahora? —Como tú has dicho, puede estar en guardia ahora. Será mejor que esperemos a mañana, estará más tranquilo, más relajado. Le daremos la sorpresa.

Fuimos paseando hasta la playa, a ambos nos pareció magnífica. La arena era muy fina. No muy lejos oímos unas risas, alguien se estaba bañando.

—¿Te apetece? —le pregunté.

—¿Por qué no? Quizá mañana vayamos a morir.

No cabía duda alguna, Elisa no tenía miedo a la muerte. Quizá Mireille tampoco lo había tenido y se había encontrado con ella de una forma harto desagradable.

Nos bañamos en el mar de los dioses a la luz de la luna.

Nuestra desnudez era completa, más allí nadie se escandalizaba. La fina arena que aún conservaba algo del calor del sol acogió nuestros cuerpos.

—Tienes razón, Elisa.

—¿En qué? —preguntó.

—En que mañana podemos morir.

Me mordió la tetilla izquierda con hábil lentitud. Luego, todo lo demás vino por sí solo, si, eso que tú, amigo, te estás imaginando. El mar, la arena fina, la luna, dos cuerpos jóvenes y fuertes... ¿Para qué entrar en detalles si tú ya lo entiendes?

El día nos descubrió durmiendo dentro del coche. Había llegado el gran momento. Acaricié la cabeza de Elisa, la besé en los labios.

—¿Tienes hambre? —pregunté.

—Hum, hum —respondió con movimientos afirmativos.

—Podemos desayunar antes.

Fuimos al bar del camping que ya estaba abierto. Desayunamos, recuperamos fuerzas. El guarda se nos acercó.

—¿Han encontrado a sus amigos?

—Sí, gracias —respondí en mi pésimo español y le puse dos monedas de a cien pesetas en la mano.

El hombre se deshizo en excusas y, sonriendo, se alejó mientras nosotros seguíamos desayunando.

Nadie, al vernos, hubiera podido imaginar que la muerte aguardaba a que nosotros entráramos en acción, y sólo ella sabía qué cabezas segaría con su afilada guadaña. Fuimos al coche para buscar las pistolas. Con buenas palabras no íbamos a convencer a Ciril. Introduje mi arma entre la piel y el pantalón. Elisa guardó la suya en un bolsito de paja.

—Yo iré a la roulotte y tú me cubrirás —le dije.

—Quien va a exigirle cuentas a Ciril seré yo.

—Elisa, esta vez lo haremos a mi manera. Estoy cansado de ser yo el que haga todo lo que mandáis los demás, de modo que tú me cubrirás desde el exterior y yo entraré en la roulotte.

El coche no estaba. Temí que Ciril se hubiera marchado. Me enfrenté a la roulotte, dentro debía estar el maletín.

Llamé a la puerta con los nudillos y esperé, ya que estaba cerrada. Volví a llamar y me aparté para mirar por una de las ventanas. Ciril lo tenía mal si no salía, porque la roulotte no debía estar a prueba de balas.

En aquel instante, me llevé la sorpresa más grande de mi vida.

Un rostro de mujer quedó frente a mí, al otro lado de la pequeña ventana.

—¡Mireille!

No podía dar crédito a lo que acababa de ver, era como una aparición. Ella también se me quedó mirando con fijeza, muy pálida.

—¡Abre la puerta o rompo el cascarón! —amenacé.

No era posible, pero la realidad se imponía. Mireille no estaba muerta tal como yo había creído y lamentado, estaba viva y allí dentro.

Como si lo hubiera meditado unos instantes, Mireille abrió la puerta de la roulotte. No tenía escapatoria, yo podía disparar contra ella y las paredes de la roulotte dejarían pasar las balas sin problemas. Además, se hubiera organizado un escándalo que a ella no le convenía en absoluto.

Mireille me esperaba dentro de la roulotte, hermosa, atractiva, desafiante y con una pistola en la mano. Yo también la encañoné con la mía.

Me parecía increíble, era un vértigo insoportable. Dentro de mis entrañas se desataba una tormenta nacida de la sorpresa y de la rabia

—¿Quién era la desgraciada que ocupó tu lugar en el chalet?

—No lo sé —respondió nerviosa. La pistola vaciló en su mano, pero yo ya sabía que ella era capaz de disparar contra mí.

—Entiendo. Por dos millones de dólares, no importa a quién se mate. Eres una maldita perra, cualquier desgraciada servía para ocupar tu lugar.

—Eso no fue asunto mío —dijo.

Vi en sus ojos que me suplicaba una tregua, quizá un arreglo negociado. Negociar el crimen era su sistema

—Sí, imagino que fue cosa de Ciril. Buscó a una chica que se pareciera a ti, yo tenía que comerme el cebo. Debía creer que eras tú y luego contárselo al coronel. Y, mientras, vosotros desaparecíais para siempre con los dos millones de dólares.

—¿Quién te lo ha contado todo?

—Una amiga,

—Seguro que ha sido Elisa, siempre me ha odiado.

—Será porque te leía el pensamiento. Quiso apartarme de este negocio, yo creí que ella tenía que ver con los encapuchados, y ahora resulta que el encapuchado era Ciril y posiblemente el otro de la porra eras tú, disfrazada de hombre.

—No queríamos matarte, te respetamos la cabeza.

—Sí, queríais recortarme las alas para que no volara demasiado, pero cuidando mi cabeza porque yo tenía que seguir jugando en vuestra partida, esa partida que planeasteis en contra del coronel. Me necesitabais para que participara en el cambio del maletín, para que tomara el maletín falso y lo llevara hasta el coronel que resultaría burlado.

—Tú no lo entiendes, Jean-Marc, no lo entiendes.

—Sí lo entiendo. Habéis arriesgado la vida en varias misiones encomendadas por el coronel Lamoire hasta que os habéis cansado y habéis pensado en vuestro propio negocio. Visteis la oportunidad de quedaros con dos millones de dólares en billetes y no la ibais a dejar perder, por eso tramasteis el complicado plan. Por eso Ciril asesinó al italiano arrojándolo por la ventana. No se me olvida que Ciril es cinturón negro de judo y karate. —Sí, fue él —asintió, quitándose la responsabilidad de encima.

—Si fue él, no tuvo tiempo de llegar al chalet antes que yo después de su crimen en el bloque de apartamentos. Por lo tanto, la asesina de aquella desgraciada fuiste tú, Mireille.

—Estaba ya muy mal, iba a morir, sólo le di un par de golpes.

—Un par de duros porrazos en su rostro, suficientes para partirle el cráneo, reventarle el ojo y hundirle la mandíbula. Un magnífico y repugnante trabajo. El coronel creería que la muerta eras tú y yo sería el mensajero engañado, pero Elisa iba tras de vuestra pista. —Maldita, ¿dónde está? Dile que también habrá parte para ella, de nada serviría ahora matamos entre nosotras.

—Dame el maletín —exigí tajante.

—No, no hemos llegado hasta aquí, no hemos matado para perderlo todo. Dos millones de dólares dan para mucho, incluso para repartir.

—No repartiremos —sentenció la voz de Ciril sonando a mi espalda. Delante de él estaba Elisa, el cañón de una pistola la empujaba.

—Me ha cogido por sorpresa —se lamentó Elisa.

—Sí, he descubierto su coche en el estacionamiento, el coche cuyas matrículas falsas yo mismo puse en París. No se me iba a despintar.

—No podéis escapar —les advertí.

—Suelta la pistola o Elisa es la primera en morir —me advirtió Ciril.

Aquellas palabras, salidas de la boca de un asesino nato, me obligaron a claudicar, y dejé mi pistola sobre la pequeña mesita.

—Mireille, coge el maletín, nos vamos. Se terminaron las vacaciones para nosotros.

—Sí, Ciril.

—Tú, date la vuelta —me ordenó.

Apenas acababa de darme la vuelta cuando sentí un profundo y seco dolor en la base de la nuca. Cuando recuperé el conocimiento, Elisa estaba tendida junto a mí sobre el suelo de la roulotte.

Se había dado un golpe en la frente en su caída tras recibir el culatazo o golpe de karate que la dejara inconsciente.

—Maldita sea, han escapado.

No sabía cuánta ventaja nos llevaban. Cogí a Elisa y la cargué sobre mi hombro. Abandoné la roulotte y corrí hacia el estacionamiento. Los campistas nos miraban. La introduje en el Alfa-Romeo y arranqué. Me dirigí a la salida y el guarda del camping se me acercó.

—¿Ocurre algo?

—Mi compañera ha recibido un golpe en la frente, pero ¿ha visto salir a mis amigos, los del Mercedes francés de color beige? —dije, chapurreando como pude.

—Ah, sí, en dirección Barcelona. Han preguntado por la carretera de la costa.

Aceleré. Llegamos a Sitges y luego tomamos la serpenteante carretera de los acantilados. Forcé la marcha exponiéndome a que los motoristas de tráfico nos detuvieran. Mientras, Elisa despertó.

—¿Dónde está?

—No lo sé, delante de nosotros, creo que nos llevan poca ventaja.

Los vi de pronto, en una de las curvas, a lo lejos, por la carretera que bordeaba el acantilado donde batía el mar.

—¡Ahí están, ahí están! —gritó Elisa, con la mano apoyada en su nuca, tratando de calmar el dolor.

Aceleré al máximo y ellos debieron vernos porque también aceleraron.

En una de las curvas apareció un gran camión que apenas les dejaba paso si hubieran ido a sesenta por hora, pero ya debían tener el pie pisando fuerte el acelerador en un coche que podía pasar de los doscientos.

—¡Dios mío! —exclamó Elisa al ver cómo el Mercedes arrancaba el guardarraíl y saltaba al vacío. Después sucedió algo que no debía haberme sorprendido.

Una explosión horrrisóna desintegró el coche después de golpear contra una roca. Aquello no era la simple explosión de un motor de gasolina.

—Ha estallado el explosivo del maletín —sentenció Elisa cuando yo detuve el coche. Detrás de nosotros se formó inmediatamente una

caravana.

—Entonces, ¿no sacaron el dinero?

—No, no podían.

—¿Y el italiano?

—No tenía la llave, el coronel lo previó todo. Sospechaba de Ciril, pero no de Mireille. Todo era una trampa en la que han caído los dos y ahora han desaparecido. La policía no va a encontrar nada que les pueda identificar, han quedado convertidos en carne picada para los peces.

Se oían las sirenas de la policía acercándose a toda velocidad. El humo flotaba sobre el mar, era una nube grisácea que olía a fábrica de productos químicos.

—¿Y para atraparlos han quemado dos millones de dólares? —pregunté, atónito.

—No, no había dinero; bueno, sólo unos pocos billetes para ocultar los falsos, impresos sólo por una cara para que no pudieran utilizarse. Ciril y Mireille picaron y mordieron el anzuelo.

Suspiré profundamente.

—Un juego complicado y mortal. El italiano, una chica desconocida, Ciril y Mireille, cuatro muertos para nada.

—Para nada, no —me corrigió Elisa—, Dos traidores han pagado con su vida.

—¡Circulen, circulen! —gritaban los agentes de la Guardia Civil.

Lo que quedaba del Mercedes había desaparecido bajo las aguas mediterráneas.

Elisa me puso la mano en el muslo y comenzó a acariciarme, me tranquilizaba. Nos pusimos en marcha. La frontera aún estaba lejos y yo tenía deseos de quitarme de encima aquel coche robado por Ciril y puesto a mi nombre con documentación falsa.

—Jean-Marc, tú me satisfaces plenamente. Si opinas lo mismo que yo, podemos aparejarnos.

—¿Y el coronel Lamoire? Tengo que apretarle el cuello —dije, bromeando.

—Olvidalo —me pidió sonriente, subiendo su mano por entre mis muslos.

—De acuerdo, querida, lo olvidaremos, aunque sólo sea por unos días. Quizá, quizá si tiene otra partida que jugar acepte.

Nos sonreímos y sin apretar el acelerador seguimos rodando por la carretera en dirección norte. El día era espléndido y el sol brillaba sobre un mar intensamente azul.

Algún día, cuando vuelva a conectar contigo, sí, contigo que has leído mi historia, puede que te cuente cómo me fue la vida con Elisa y si volví o no a ver al coronel Lamoire. Ahora, *ciao, au revoir!*

FIN

GAÑE 1.000.000 DE PESETAS

ESCRIBA SUS DATOS PERSONALES (EN MAYUSCULAS)

NOMBRE

APELLIDOS

CALLE.....No

POBLACION

PROVINCIA.....

DATOS DEL QUIOSCO O LIBRERIA.....

PLAZA O CALLE

POBLACION

PROVINCIA.....

● INSTRUCCIONES DEL
CONCURSO EN EL INTERIOR.



8 410018 024127

BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.
IMPRESO EN ESPAÑA

